This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

DR
516
F4

YC 47075

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

MEMORIA.

Esta *Memoria* es propiedad de su Autor, garantida por las leyes; y todos los ejemplares llevarán una contraseña del mismo.

MEMORIA

HISTÓRICO-CRÍTICA

DEL CÉLEBRE COMBATE NAVAL Y VICTORIA

DE LEPANTO.

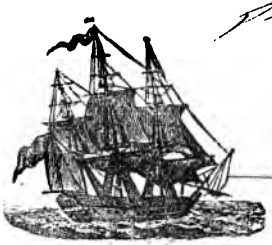
ESCRITA Y PRESENTADA

para el certámen de la Real Academia de la Historia,

POR

D. JOSÉ FERNANDEZ DE LA PUENTE Y ACEVEDO,

Doctor en Jurisprudencia, Abogado del Ilustre Colegio de esta Corte, etc.



MADRID.

Imprenta de A. Vicente, calle de Lavapies, número 10.

1853.

DR516
F4

MAYORDOMÍA MAYOR DE S. M. EL REY.=«Habiendo dado cuenta á S. M. el Rey N. S. de la exposicion de V. S., en la que solicita que S. M. le conceda su Real permiso para dedicarle la *Memoria histórico-crítica sobre el combate y victoria de Lepanto;* S. M. se ha dignado conceder á V. S. esta gracia. Dios guarde á V. S. muchos años.=Palacio de Aranjuez 18 de Mayo de 1853.»=*P. El Duque de la Conquista, Marqués de Palacios.*=Sr. D. José Fernandez de la Puente y Acevedo.

A S. M. el Rey N. S.

SEÑOR:

Uno de los hechos de armas mas célebres de la Historia Militar Española, asi como del reinado del Sr. D. Felipe II, fué la gran victoria alcanzada por la Armada cristiana contra la del Turco, en el golfo de Lepanto el dia 7 de octubre de 1571. Plumas muy distinguidas se han ocupado en diversas épocas de tan notable acontecimiento; tambien la mia, aunque novel y humilde, quiso ofrecer su pequeño tributo de admiracion al recuerdo de Lepanto; sin mérito alguno se halló, á mi entender, la Memoria histórico-crítica *que fué el resultado de mi constante y detenido estudio; la consulté con respetables literatos, mereció su aprobacion, me animaron á que la publicase, y hoy lo hago mas gustoso por la circunstancia de que V. M. se dignó oir mi súplica, admitir la dedicatoria que tuvo á bien permitir le hiciese de mi obra, y dispensarme asi la distincion mas honrosa á que podia aspirar, apareciendo ahora enriquecido mi oscuro trabajo con la hermosa aureola de importancia y mérito que le dá el Real nombre del augusto esposo de la Segunda Isabel, que digna y felizmente ocupa el trono de aquel ilustre Monarca á cuyo recuerdo vá unido el de la inmortal victoria de Lepanto.*

Por tanta bondad y tan singular favor, se atreve á ofrecer esta sincera demostracion de su profunda gratitud,

SEÑOR:

A. L. R. P. de V. M.

José Fernandez de la Puente y Acevedo.

Madrid Mayo de 1853.

341692

INTRODUCCION.

Sola denique historia custos est fidelissima temporum.
(Politianus in præfatio ad Suetonium.)

Solo la historia es guarda muy fiel de los tiempos.
(Policiano en su prefacio á Suetonio.)

Roma, Atenas, Corinto, Egipto, Hisperia, otras naciones y ciudades de los lejanos y modernos tiempos, han tenido sucesos notables, hombres distinguidos: al recuerdo de los unos y los otros dedicaron objetos diversos que sirviesen para tenerlos presentes: estos tributos de respeto eran ofrecidos en las aras de la gratitud, para recordar el mayor tiempo posible las heróicas acciones, los nombres célebres de aquellos que habian sido premiados por la victoria con sus inmarcesibles laureles y coronas, ó de otro cualquiera modo habian merecido el aprecio y admiracion general.

Los monumentos, medallas é inscripciones eran los signos que representaban, no solo la memoria, sino la estimacion que se daba á tales acciones, y á las personas á que eran dedicados aquellos objetos; servian como lumbreras inestinguibles para ver siempre la heroicidad ó las virtudes de los que habian existido anteriormente.

Si recordamos la historia de los primeros tiempos de aquel gran pueblo, á que dió nombre Rómulo (1), la de

(1) Segun la opinion mas general, el 21 de abril, dia dedicado á la diosa Pales ó de los pastores en el monte Palatino, se empezó á fundar Roma con las gentes y guerreros de la Colonia *Alba-Longa* en el año 3251 del mundo, 754 de la Era vulgar ó antes de Jesucristo, y el cuarto de la Olimpiada sesta.

sus siete reyes, la de sus quinientos años de los cónsules, desde Junio Bruto hasta el imperio de César Augusto, y aun los tiempos posteriores, ya de su mayor poder, ya de su decadencia y division, siempre hallarémos nobles acciones, guerreros esforzados, matronas fuertes, ilustres patricios.

Si se fija la atencion en los primeros siglos, en los tiempos de la célebre edad media, época de valor y galantería, en los mas modernos y aun en el presente mismo, en todos hallarémos objetos dedicados á perpetuar el valor, la virtud ó el saber.

Los grandes acontecimientos de las naciones nunca dejan de recordarse con placer y entusiasmo, cuando en ellos se halla representada una época de las que son notables en el curso de los tiempos y en la historia de los pueblos.

La Arquitectura, Numismática, Plástica, Topografía, Simbologia y otras divisiones que forman la Arqueología, ó ciencia general de las antigüedades, nos dán á conocer que los mármoles, bronces, pinturas y otros objetos se emplearon siempre como medios para dar la perpetuidad posible á la memoria de los héroes, de los sábios y virtuosos; mas aquellos no son bastante perfectos para trasmitir con exactitud el objeto ó persona que simbolizan.

Despues que se conoció la escritura, y mucho mejor desde que en el año de 1440 se descubrió la Tipografía ó arte de la imprenta, existe un medio superior á los anteriormente conocidos para trasmitir y conservar la memoria de los grandes sucesos ó de los hombres célebres; por lo que dice muy bien Policiano: «*Sola denique historia custos est fidelissima temporum.* Solo la historia es guarda muy fiel de los tiempos.»

La Historia, exenta de las pasiones que dominan y

pervierten el corazon humano, revela los hechos adornados con solo la hermosa aureola de la verdad, y á los hombres los presenta tales cuales fueron, purificándolos con su rígido é imparcial exámen, usando con ellos la mas severa justicia.

«*La antigüedad*, dice muy bien el doctor Micheli (1), *autoriza á la verdad, y esta por aquella suele padecer detrimento* (*que el tiempo anciano causador es del olvido*); *mas como la Historia suple sus defetos, sin temor puede el entendimiento humano con voluntad de acertar, osar de las tinieblas de la antigüedad á vista de la luz verdadera, sacar faltas de la memoria, que no frágil, aunque difícil de inuestigar hauiendo despertadores escritos que lo passado en distantes siglos hazen presente.*» Siendo el noble objeto de la Historia conservar indeleble la memoria de aquellos sucesos ó personas que han merecido ocupar sus páginas, para que trasmitiéndose de generacion en generacion vivan mas que estas, lo que no se conseguiria dejándolos solo fiados á la memoria humana..... ¡ La Historia !.... ¿ qué es?.... Varias definiciones hallamos de ella; unos dicen: «que es la narracion de los sucesos tenidos por verdaderos.» Otros: «cualquiera relacion de lo pasado y presente sobre hechos y cosas memorables.» Un respetable autor asegura: «es la narracion verdadera, fiel y exacta de los hechos y sucesos pasados;» pero muy elegante y concisamente la define Mr. de la Mothe en estas palabras: «*Es el retrato de los siglos pasados para instruccion de los presentes y venideros.*»

Conforme con la idea principal de las anteriores definiciones, creo sin embargo, que aprovechando el pensamiento de alguna, pudiera formarse otra que fuese mas

(1) *Tesoro Militar de Caballería*, página 1, edicion de 1642, en Madrid.

exacta, y cual la buena lógica exige; siendo la siguiente: La Historia « *es la narracion verdadera de los sucesos pasados, asi como el resultado del exámen científico y filosófico de los hombres que juzga.* »

Conocido ya el objeto y fin de la Historia, rápidamente indicaré sus cualidades, y no son otras sino las mismas que debe tener el escritor histórico: *Moralidad, Fidelidad*; la primera es sumamente necesaria, porque la Moral es la base del buen órden social, y su falta el orígen de todos los vicios y trastornos; asi es que en la Historia debe hallarse siempre aplaudida y respetada la virtud, censurado el vicio, y compadecido el delincuente.

Fidelidad es la segunda; en la Historia deben referirse los hechos tales como sucedieron, juzgarse á los hombres tal cual fueron, y como por sus acciones lo hayan merecido. La mayor reunion de datos y noticias es la base de la Historia; mas el escritor debe tener gran cuidado en examinarlos detenidamente para encontrar en ellos la verdad; y como dice Ciceron, *no debe añadir cosa alguna suya*. Deben ser los datos y noticias de orígen cierto, y no tomados al acaso, ó tal vez de versiones fabulosas, que el trascurso de los tiempos ha desfigurado; el historiador debe tener la instruccion bastante, y la sana lógica necesaria para distinguir la verdad de la mentira.

Desdeña la Historia todo lenguaje que no sea claro, sencillo, y digno; debe todo escritor histórico tener muy presente, que no es compatible con la gravedad histórica, ni la máscara del ridículo, ni los engaños de la parcialidad; la *verdad* es el mas bello adorno con que se engalana la historia, es el escudo mas fuerte de su autoridad. Asi pues, todo escrito que no se halle con las circunstancias de *Moral y Fiel*, no podrá llamarse Historia.

El escritor histórico contrae deberes muy sagrados

ademas de los ya dichos; á veces tiene que sacrificar á la índole especial de la Historia lo escogido del lenguaje, las frases pomposas, las figuras y galas retóricas, por no faltar á la narracion clara, veráz é inteligible, así como al órden cronológico, que son los mas ricos esmaltes de la Historia, y sus únicas bellezas.

La gran utilidad que resulta á las naciones de que sus hechos célebres, sus esforzados Capitanes, sus virtuosos varones, ó los sabios de siglos anteriores hallen la inmortalidad que dá la Historia, así como el estímulo de que sirve para que se emprendan acciones heróicas, se cultiven las virtudes ó las ciencias, se realizen colosales y atrevidos pensamientos, y otras muchas ventajas que seria largo enumerar, son harto conocidas por los hombres pensadores que se dedican al estudio de la Historia: esta contribuye de una manera muy directa á la civilizacion de los paises, y á que exista mayor consideracion entre ellos: y cuanto mayor es el catálogo de hechos gloriosos, es mas el número de héroes ó sabios que se refieren en la Historia de un pais. Sirve tambien mas de estímulo á la juventud, pues como dice el citado Mr. Mothe: *La Historia es el retrato de los siglos pasados para instruccion de los presentes y venideros;* y el señor Martinez de la Rosa (1) asegura: «que no sin razon se ha apellidado á la Historia *Maestra de las naciones y de los príncipes.*»

Comprendiendo esta misma utilidad los ilustrados Académicos de la Real de la Historia, (establecida en esta corte) han propuesto para el certámen literario-histórico del presente año, como segundo tema de su programa, el siguiente: «HISTORIA DEL COMBATE NAVAL DE LEPANTO,

(1) Discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia el dia 9 de enero de 1853.

»Y JUICIO DE LA IMPORTANCIA Y CONSECUENCIAS DE ESTE SU-»CESO.»

Antes de emprender mi humilde trabajo, en el que me guia solo la aficion al estudio de los pasados siglos y las glorias de mi patria, asi como el deseo de ofrecer esta pequeña y respetuosa muestra de admiracion y aprecio á la memoria del célebre combate naval de Lepanto, por ser uno de los grandes sucesos militares que enriquecen nuestra historia: tales recuerdos solo sirven ya para sentir mas la perdida influencia y poderío que tuvo España cuando fué la señora de los mares. Esta memoria contendrá tres partes: En la primera espondré el estado de los Turcos, y las causas que obligaron á las naciones cristianas para formar la Santa Liga contra ellos: La segunda será la descripcion del célebre combate naval de Lepanto, y varios datos relativos al número de galeras y combatientes: La tercera será el juicio crítico de la importancia y consecuencias de tan notable acontecimiento.

PRIMERA PARTE.

Estado de los turcos, y causas que obligaron á las naciones cristianas para formar la Santa Liga contra ellos.

Mahomet II, Emperador de los turcos, juró en el año de 1475, en presencia de los Ulemas (sacerdotes de su ley) y dignatarios de su imperio, «*que renunciaria á todos los placeres, no tomaria ningun descanso hasta que hubiese esterminado la raza de los cristianos, y proclamado la ley del Profeta desde Levante á Poniente.*» Todo el imperio repitió el mismo anatema contra los cristianos: la destruccion de estos fué la enseña y brutal deseo de los secuaces del Corán. Empezó la guerra en la isla de Negroponto ó Eubea: sus habitantes los unos fueron pasados á cuchillo, y otros vendidos públicamente por los bárbaros. El Papa, creyendo podria contener en algun tanto la ferocidad de estos, y vengar la muerte de los cristianos, mandó una flota, para que en union con otra veneciana talasen los campos de las costas del Asia menor; mas esto no fué bastante para minorar los progresos de barbarie y destruccion de Mahomet, el que despues de haber vencido á los persas en las márgenes del Tigris, volvió á Constantinopla, y desde allí amenazó de nuevo al Occidente: envió un ejército numeroso á Hungría, y se presentó á su ambicion como punto de importancia para sus conquistas la isla de Rodas, colocado al frente de ella en el año

de 1480. Mahomet II, con un ejército de 80,000 hombres, y una escuadra de 200 navíos, uno y otra derrotaron los defensores que estaban á las órdenes del Gran Maestre de la Orden Militar de San Juan, Pedro Aubuson, haciendo tan bravos guerreros retirar á los turcos con la gran pérdida de 20,000 hombres, 80 naves y 10 piezas de artillería.

El ejército que los infieles enviaron á Rodas halló en sus defensores el valor heróico de los soldados de la Cruz. La isla del Sol y Rodas tenian fuertes torres de granito, los anchos fosos abiertos en la peña viva eran grandes obstáculos para los sitiadores, y estos mismos fuertes llevaban el nombre de muchas naciones del occidente, siendo á la vez otros tantos recuerdos de la gloriosa y larga defensa que hicieron los caballeros de la Orden de San Juan contra las tropas de Mahomet.

El Papa Sixto V envió algunos socorros á los invencibles defensores de Rodas, y el capelo al Gran Maestre, declarándolos protectores de la fé, y fiestas los dias en que habian vencido los cristianos, dando tambien públicas demostraciones de júbilo y aprecio.

En la Transilvania tambien vencían los cristianos, y sus triunfos los celebraban con banquetes y danzas en el mismo campo cubierto aun de cadáveres; conducta era esta muy poco conforme con las máximas del Evangelio.

Continuaban los turcos sus conquistas, amenazaban con grandes desembarcos en las costas de Nápoles, y hasta el sucesor de San Pedro llegó á temer tendria que abandonar á Roma y pasar al otro lado de los Alpes.

Contra el colosal poder del turco ninguna nacion cristiana aprestó sus ejércitos: la media luna triunfante humillaba la santa enseñá de la Cruz, y sobre ésta aquella adquiria nuevas victorias; las corvas cimitarras se teñian

con la inocente sangre de las víctimas inmoladas á la ferocidad de los sectarios del falso Profeta: en hondas y lóbregas mazmorras esperaban en medio de los tormentos, de la desnudez y del hambre los fieles hijos del Dios-Hombre, la muerte cruel que les preparaban los que eran enemigos de la verdadera Religion, y que con ánimo fuerte ante ellos confesaban: las jóvenes cristianas con gran valor y virtud resistian, cual otras Judits, las amenazas, promesas y seducciones que les hacian, y los fuertes padecimientos que pasaban, muy superiores á la debilidad de su sexo; mas nada de esto era bastante para hacerlas vacilar un momento, olvidar la fé de sus mayores, ni tampoco perder la esperanza en el Dios que siempre ampara al que le confiesa en los dias de la tribulacion y del dolor.

Tanta destruccion era preciso terminase, tanta víctima necesitaba consuelo, tanto héroe de la fé cristiana reclamaba premio; todo se cumplió. El Dios y Rey de los ejércitos se compadeció de su pueblo, acudió al socorro de la Europa, libertándola del bárbaro gefe de sus opresores. Mahomet II terminó sus dias repentinamente en Constantinopla en el 3 de Mayo, dia célebre en la Iglesia cristiana por ser el aniversario de la Invencion de la verdadera Cruz por Santa Elena (1), madre de Constantino el Grande. Tal nueva produjo gran pena y desaliento entre los turcos, y fué de júbilo y esperanza para los cristianos, considerándola como una victoria; y asi fué celebrada en la capital del orbe cristiano con repique de campanas, salvas de artillería, y otras públicas demos-

(1) En la ciudad Santa de Jerusalen, el dia 3 de mayo del año 326 de la era cristiana, fue hallada la misma cruz en que murió Jesucristo en el Calvario. Tuvo lugar tan notable acontecimiento en el año 21 del imperio del Gran Constantino, 13 del pontificado de San Silvestre: se celebra como fiesta en toda la iglesia cristiana desde el siglo v. (Sócrates *Historia Eclesiástica*, lib. I.—P. Croisset, *Año Cristiano*, tomo V, pág. 84.)

traciones de júbilo que anunciaban á los fieles la libertad de la Italia y de la cristiandad, no olvidando el dar gracias á Dios por su proteccion, y viendo era la muerte de Mahomet un arcano de la inteligencia omnipotente, que no es permitido al cristiano, ni aun de pensamiento, intentar el escudriñarlo.

Mahomet II dejó al morir dos hijos, llamados Bayaceto y Gem, ó Zizimo (segun otros): dividieron el imperio; entre ambos estalló la guerra, y vencido el segundo, tuvo que refugiarse en la isla de Rodas, llegando á ella el dia 24 de Julio de 1482, lo que no dejó de inspirar temores á Bayaceto, por lo que se hizo tributario de la Orden de San Juan. Desoyendo el gran Maestre las reclamaciones del Pontífice, de varios reyes, y de Bayaceto, que tenian por objeto el que entregase al refugiado, juzgó mas oportuno sacar todo el partido posible del príncipe y de su conversion; sin desatender por eso los deberes de la hospitalidad, le alejó de la isla, enviándole al Occidente. Largo tiempo estuvo en los castillos de Niza, el Delfinado y Auvernia, que eran propios de la Orden de San Juan; y por último Gem fué trasladado á la torre de Burganeuf, donde el misterio que rodeaba al prisionero despertó la curiosidad general. Inocencio VIII creyó que el príncipe cautivo podria ser útil en la cruzada que se preparaba en Hungría contra el sultan Bayaceto, á quien dominaba el mismo espíritu de venganza hácia los cristianos que habia tenido su padre Mahomet I.

En esta época Cárlos VIII pretendia hacer valer los derechos de la casa de Anjou en el reino de Nápoles, por lo que fué fácil persuadirle de cuán útil seria conquistar la Pulla y la Sicilia, sino tambien librar del dominio y profanacion de los infieles á la Grecia y Tierra Santa: su ejército fué saludado en Italia como el libertador de la

cristiandad; escribió él mismo á los obispos de Francia, pidiendo se pagasen diezmos para costear los gastos de aquella cruzada. Tan pronto llegó á Roma este monarca se le entregó el príncipe cautivo; y esto sirvió de señal para empezar la guerra contra el turco.

Los de Epiro, llenos de temor al ver la guerra que contra ellos iba á estallar, en todos sus actos lo demostraban; y segun afirman varios autores, llegó á dominar tal pavura al sultan Bayaceto, que mandó venir sus naves al Bósforo, á fin de salvarse en el Asia del ejército de los cruzados, á que tanto temian.

Los albaneses, griegos, eslabones y otros esperaban solo una señal para enviar sus ejércitos contra el Sultan, uniéndose al rey Cárlos; mas la muerte de Gem, ocurrida en Nápoles por haber sido envenenado fué de tales consecuencias, que cambió enteramente los sucesos, y las tropas que se habian aliado al Monarca francés se sublevaron contra él, teniendo este que abandonar á Pulla que le habia proclamado rey, y renunciar á la Grecia que le esperaba como á su libertador. Asi terminó esta guerra de Nápoles; y la que se creyó serviria para aumentar la gloria de las cruzadas, causó nuevas persecuciones á los cristianos, que gemian bajo el férreo yugo de los musulmanes.

Los Papas Alejandro VI, Pio III y Julio II, quisieron renovar la guerra contra los infieles; mas sordas á este llamamiento las naciones cristianas, solo se coligaron Génova, Venecia y Nápoles, á las que la Iglesia dispensó todas sus gracias: Italia y Alemania se salvaron, merced al gran descuido con que Bayaceto miraba ya la guerra, por haberse entregado con esceso y solamente á los placeres.

Nuevos peligros surgian á la cristiandad: subió al tro-

no Selim, el que empezó á fulminar nuevas y terribles amenazas á la Europa, Persia y Egipto; concluyó la paz que su padre habia acordado con Venecia, llevó la guerra á los Lugares Santos, y ondeó allí orgulloso el estandarte infiel sobre las elevadas torres de los templos del verdadero Dios en la ciudad de Jerusalen. No dejó el musulman de cometer toda clase de profanaciones en el Sepulcro Santo y en los demás sitios que fueron y son siempre objetos de la mayor veneracion para los cristianos.

Sabida en Europa la arrogante y sacrílega conquista hecha por los turcos de Bayaceto, lanzó aquella un grito unánime de justa y cristiana indignacion, sonó en todos los confines europeos el bélico clarin, que llamaba á los cristianos, sin distincion de paises, á inscribirse en los ejércitos y armadas que iban á pelear contra los feroces enemigos de su religion, siendo la única gloria á que debian aspirar la reconquista de aquellos Santos Lugares, que no convenia ni permitir debian permaneciesen por mas tiempo en poder de los que no hacian mas que profanarlos, y su continuacion en ellos pudiera ser de fatales consecuencias para la cristiandad toda, y en particular para Persia y Egipto.

La Santa Sede envió legados á Inglaterra, España y Alemania para calmar las desavenencias que existian entre los cristianos, y formar una poderosa liga contra los infieles. Leon X, guiado de un santo y recomendable entusiasmo, se declaró de antemano gefe y protector de aquella Santa Liga, fulminó anatemas y censuras contra todo el que turbase la paz, oró públicamente, se hicieron toda clase de funciones religiosas y penitencias, y el mismo Sumo Pontifice, á pié, descalzo, y con la cabeza descubierta se dirigió á la iglesia de los Santos Apóstoles para

implorar del cielo toda su proteccion en favor de aquella Santa Liga. Sadolet, secretario del Papa, exhortó al pueblo y á los cruzados á pelear, encareció la necesidad de aquella guerra, invocó los auxilios divinos en favor de los cristianos, pidiendo la maldicion y esterminio para los infieles, y que pronto llegáran á oirse bajo las bóvedas de los templos de la ciudad profanada los puros cánticos de Jehová, en justo desagravio de las ofensas que habian sido hechas allí por el bárbaro sectario de Alá.

Aceptadas las proposiciones del Papa con entusiasmo por los príncipes cristianos, Alemania ofreció un ejército al cual se unirian sus ginetes húngaros y polacos, para atacar á los infieles por uno y otro lado, despues de atravesar la Bulgaria y la Tracia en el monte de Hemus. Francia concurrió con todas sus fuerzas en union de las de Venecia, otros pequeños estados de Italia y 16,000 suizos; haciéndose todos á la vela en Brindis, desembarcarian en las costas de la Grecia, en tanto las tropas españolas y portuguesas salian del puerto de Cartagena para las riberas del Helesponto. El Papa queria participar de la suerte que pudiese tener la cruzada, y con el objeto de ponerse á su frente partió para Bizancio.

Los poetas griegos y latinos en sus poemas y cantares, predecian grandes victorias para las armas cristianas; tal era el convencimiento que tenian de que los turcos fuesen vencidos: los unos juzgaban próximo el dia en que con su espada llegarian los cristianos á derribar las falsas deidades musulmanas. Hubo un discípulo de Ciceron que ya le parecia ver correr al pueblo alborozado al encuentro de Leon X, y bendecirle por haber libertado á la cristiandad de sus feroces enemigos; mas todos estos arrebatos de poético entusiasmo y buen deseo, los vino á eclipsar triste y funesta realidad.

Nuevas disensiones entre los príncipes cristianos hizo empleasen en defensa propia las tropas que destinaban para la guerra de Oriente: la rivalidad de Cárlos V de Alemania I de España, y Francisco I de Francia, produjeron otra guerra en Europa, y nadie volvió á recordar la proyectada contra los turcos, que cada dia aumentaban su poder con nuevas conquistas.

La exigencia de los diezmos y otros tributos que eran destinados para la cruzada, hizo variar la intencion de los pueblos cristianos: estos hubieran sacrificado gustosos sus vidas y haciendas en la santa guerra, si no viesen el tráfico que se hacia de las cosas sagradas; lo que aumentó el descontento general desvirtuando el espíritu religioso. Los violentos debates de la Europa, en particular en Alemania, la persecucion de la Iglesia, y las heréticas doctrinas de Lutero, fueron causas suficientes para que faltasen la decision y unidad de accion que los cristianos debian conservar y eran precisas para vencer al comun y fuerte enemigo; mas era tal la exaltacion de las pasiones entre los alemanes, y se aborrecian tanto los partidos en que se hallaban divididos, que daban la preferencia al triunfo de los infieles mejor que al de sus adversarios.

No teniendo quien se opusiese al musulman orgulloso con sus victorias, Soliman sucesor de Selim tomó á Belgrado y amenazó á la isla de Rodas: solamente se hallaban en ella los caballeros de la Orden de San Juan; y despues de haber invocado el auxilio de las tropas cristianas, ninguna nacion les prestó socorros: una larga, penosa y heróica defensa, solo pudieron oponer aquellos guerreros al ejército de la media luna, teniendo que buscar los restos de aquella caballería cristiana un asilo en Italia.

Refirieron al Padre comun de los fieles y á los prela-

dos las vicisitudes, asi como las penalidades que sufrieron en la defensa de la isla de Rodas: al oir tal relato, compadecidos los príncipes de la Iglesia vertieron lágrimas; mas no por esto se concedió á los caballeros de San Juan lo que pedian: « *que era una isla desierta en el Mediterráneo, ó un rincon de tierra donde pudiesen continuar guerreando contra los turcos.*»

Diez años pasaron sin que la política de los príncipes concediese á aquella ilustre milicia el peñon de Malta.

Siguió el vencedor de Belgrado y Rodas amenazando á las naciones. Clemente VII proclamó los peligros de Hungría; Cárlos V invadia á Roma, redujo á prision al sucesor de San Pedro, y este buscaba recursos para reanimar el espíritu religioso de los cristianos en favor de la guerra contra los turcos; todo fué inútil: sitiada la capital de Austria por los musulmanes, debió su salvacion á una avenida del Danubio, al valor de su guarnicion; y segun la opinion de algunos autores, tuvo mucha parte la infidelidad de un visir que se vendió á los cristianos.

Celebró entonces Soliman un tratado con los príncipes cristianos y con el Papa: á este le llamaba *padre, y hermanos* á Cárlos de Alemania y Fernando de Hungría: cesó de hablarse de los proyectos de guerra con los turcos; las únicas empresas contra estos fueron la gloriosa toma de Tunez por Cárlos V, y la malograda jornada de Argel. Soliman, que habia despojado de la isla de Rodas á los caballeros de San Juan, los persiguió atrozmente hasta el peñon de Malta: hállase este situado en el mar Jonio á distancia de 30 leguas al S. de Sicilia por el cabo Pessaro; tiene seis leguas de longitud por cuatro de latitud y casi 100 de circunferencia; contaba 90,000 habitantes en el año de 1530. De la milicia cristiana de la Orden de San Juan, cuando en 1559 fué atacada por Soliman, sufriendo

veinte y nueve años de asedio, era Gran Maestre Juan de Lavalette, y con glorioso valor fué defendida aquella isla, casi abandonada de la cristiandad: las ruinas y escombros fueron el resultado de su resistencia; esta obligó al turco á levantar su campo con gran pérdida de gente y pertrechos de guerra. Para ocultar tan grande afrenta condujo el Sultan sus armas á Hungría, y murió allí el mas grande de los príncipes musulmanes cuando sitiaba una pequeña ciudad húngara.

Existia en Oriente un reino cristiano fundado por las cruzadas: desde el dominio de la noble familia de Lusiñan pasó al de Venecia; con frecuencia le amenazaban los turcos, y al fin Selim II presentó la guerra llevando 100 galeras, 224 barcos menores tripulados por 55,000 turcos, además de un número no despreciable de piezas de artillería servidas por renegados italianos y españoles. Estas fuerzas asaltaron aquella mal guardada isla, que el renegado José Massy en un momento en que Selim estaba ébrio se la pidió, y le fué concedida la promesa de la isla de Chipre: para lograrlo no perdonó medio; y así es que hay fundamento bastante para creer que Massy fué el autor de los incendios del arsenal y del polvorin, que tantos perjuicios causaron á Venecia.

Continuó Selim sus conquistas, y despues de correr torrentes de sangre, fueron tomadas por asalto las ciudades de Nicosia, en donde pasaron á cuchillo 20,000 hombres. Pafos, Limasol y Famagasta, en todas antes de rendirse hubo acciones heróicas por parte de sus defensores.

Al suceder Venecia á la casa de Lusiñan en el dominio de Chipre, empleó medios que contribuyeron á la suerte que á esta le tocó; mas al ver los esfuerzos que hizo para impedir la invasion de los turcos, y cuánto tu-

vieron que sufrir los venecianos, debe solo recordarse el valor y sufrimiento del pueblo cristiano. Aquella isla que era la admiracion de todos y la maravilla de la antigüedad, tan floreciente aun bajo la dominacion de los latinos, quedó como sepultada bajo el peso de sus infortunios, y hoy se ofrece á la contemplacion del viajero solo como un objeto de tristes recuerdos, parecida á aquella flor que perdió la lozanía y belleza, doblegando su cáliz al fiero soplo del fuerte aquilon que la marchitó.

A vista del cuadro desolador que presentaba el mundo, se dejaba ver con negras tintas á los turcos, llevando doquier existian cristianos los horrores de la destruccion y de la muerte; necesitaban los príncipes cristianos salir del marasmo en que yacian, y poner coto al coloso poder turco.

Pio V hizo en nombre de la religion y de la humanidad un llamamiento á todos los pueblos cristianos, porque á todos convenia terminar el poder del musulman y libertar de su yugo á los infieles. Aunque el peligro era urgente, solo el católico Felipe II contestó enviando una escuadra, que no llegó hasta dos meses despues que fué tomada Chipre por los infieles.

Negociantes de Génova, nobles de Malta y otras naciones abandonaron sus riquezas y hogares alistándose en los ejércitos de la Santa Liga para pelear contra los moros; no les animaba aquel espíritu verdaderamente religioso que tenian los guerreros de las cruzadas anteriores, que sin la ambicion de gloria vivian y morian ignorados, guiándolos solo el ardiente entusiasmo de defender la religion del Mesías verdadero y morir por ella. La vanidad, el deseo de adquirir y legar un nombre célebre, ganar un pingüe priorato ó una bella odalisca del harém, eran los vicios que dominaban á la mayor parte de estos mo-

dernos guerreros, olvidando cual no debian objetos mas dignos, deberes mas sagrados.

Tal cual queda dicho era el estado que tenia el imperio musulman, sus desmanes, conquistas y los horrores en que sumió á la cristiandad desde el año de 1475 al de 1571 de la Era cristiana. Las causas que quedan espuestas fueron las que á España y á otras naciones cristianas obligaron á formar la Santa Liga para pelear contra los infieles, cual la religion y la humanidad exigian.

SEGUNDA PARTE.

Descripcion del célebre combate naval de Lepanto, y varios datos relativos al número de naves y combatientes.

Conocidas ya las causas que obligaban á las naciones cristianas el formar una Liga Santa, con objeto de hacer unidas la guerra á los infieles, toca ahora manifestar lo que precedió al encuentro de la Armada Cristiana que iba en busca de los turcos para castigar su arrogancia, y reparar los ultrajes hechos á la religion santa del Crucificado, y á la humanidad.

Reconociendo las naciones cristianas que era comun el interés, y preciso el reunirse para de esa manera hacer la guerra al musulman, firmaron la alianza el cardenal Pacheco y D. Juan de Zúñiga á nombre del rey de España D. Felipe II: por los venecianos, Miguel Surianí y Juan Sorancí; el Papa y varios Cardenales tambien firmaron. Entre otros capítulos decia uno, que la guerra se hiciese pagando España la mitad de los gastos, los venecianos la tercera parte, y el Papa la sesta; las conquistas de Europa y Asia serian para Venecia, y las de Africa para la España. Segun algunos autores, Florencia, Mántua, Parma, Ferrara y otros estados se unieron á la Liga. Convenidos y acordes los soberanos, se dió la órden de reunirse las escuadras en el puerto de Mecina, nombrando generalísimo de la Santa Liga á D. Juan de Austria, hijo

bastardo del Emperador Cárlos V, el que salió del puerto de Barcelona en compañía del Requessen, Comendador mayor de Castilla, y otros muchos nobles. Envió á D. Miguel de Moncada para que enterase al senado de Venecia de su llegada á Italia: pasó D. Juan de Génova á Nápoles, donde recogió la armada Italiana, y de allí á Mecina, donde se esperaban con ánsia. Nombrado el duque de Terranova virey interino de Sicilia por la muerte del marqués de Pescara, aquel y los demás almirantes reciben con el mayor júbilo y alegría á D. Juan; encargado este del mando superior de las armadas unidas, lo primero que dispuso fue lo siguiente:

D. JUAN DE AUSTRIA, CAPITAN GENERAL DE LA SANTA LIGA.

El órden que esta Armada de la Santa Liga ha de tener en el caminar desde el dia que partiese de este puerto de las Legumínicas en adelante:

«Primeramente, han de tener muy gran cuidado todas las personas que gobiernan la dicha armada de hacer que la gente que en ella vá viva con muy gran religion, á tal que Dios Nuestro Señor nos ayude en la santa y justa empresa que llevamos.

Cuanto á lo que toca á la navegacion donde la hora que con la gracia de Dios nos partiremos, há de ir adelante veinte ó treinta millas de nuestra armada Fr. Pedro Justiniano, prior de Mecina y Capitan general de las galeras de San Juan de Jerusalen, con seis galeras y dos galeotas, que son las siguientes (1):

(1) *Archivo general de Simancas.=Seccion de Estado.=Legajo número 1134, año de 1571.*—Nota. Los datos que se citan son los publicados en 1847 en el *Memorial de Ingenieros* por el coronel D. José Aparici, comisionado por el Gobierno para examinar los documentos originales y plano que del combate de Lepanto existen allí.

Capitana de la Religion.—Fanal.

San Pedro de la Religion.

Santiago de la Religion.

La galera mandada por Juan Maripiero, de Venecia, por insignia una coluna dorada con cuatro cabezas de Leon y un mote: *Quan duy et ultra.*

La galera del Capitan Francisco de Venecia; por insignia Santa Catalina, y Fanal.

Rocafulla de España; Capitan Ortuño, por insignia una muger.

La Galeota de Fr. Scipion Urcino.

La Galeota de Francisco de Mecina.

El dicho prior de Meçina con las dichas seis galeras y dos galeotas, há de navegar con mucha vigilancia y cuidado, llevando de contínuo hombres en las gattas para que puedan descubrir los bajeles que viniesen.

Las dichas galeras y galeotas se hán de recoger cada noche á ocho ó diez millas de la armada. Otro de mañana há de volver á hacer fuerza y adelantarse á descubrir otras tantas millas como arriba se dice.

El dicho prior llevará tambien dos fragatas con hombres de recaudo, con los cuales há de avisarme de mano en mano de todo lo que sucediese.

Las demas galeras de la dicha armada hán de ir repartidas en cuatro escuadras de esta manera:

La una escuadra que se ha de llamar Cuerno (1) drecho, há de llevar al navegar cuarenta y siete galeras, y al pelear cinquenta, porque se hán de meter en el las tres galeras Rocafulla de España, Juan de Maripiero, y Capitan Francisco que ván de vanguardia, y las unas y las otras son las siguientes:

(1) Ala ó division de un ejército ó armada. *(N. del A.)*

Cuerno drecho de la armada.

Capitan de Nápoles.—Fanal.

Capitana de Alonso Bazan.—Fanal.

Renegada de Nápoles, Capitan Pedro de Urbina, por insignia una muger vestida á la turquesa con un turbante en la mano.

Tirana de Nápoles, Capitan Juan de Rivadeneyra, por insignia una muger amazona con un arco y un alfanje.

Bacana de Nápoles, Capitan Juan Perez de Morillo, por insignia una Minerva.

Simon Góro de Venecia, por insignia un mundo con un Crucifijo resucitado.

Marquesa de Nápoles, Capitan Juan de Simancas, por insignia una muger.

Francisco de Molina de Venecia, por insignia una águila negra dorada sobre una llama.

Constanza de Nápoles, Capitan Francisco Hernandez de Perea, por insignia un hombre que se quema la mano en un fuego.

Nicolo Donado de Venecia, por insignia San José con la palma.

Santa María del Papá, Capitan el Caballero Pandulfo de Strocí, por insignia Nuestra Señora con el hijo en los brazos.

Nadal Benier de Venecia, por insignia un leon en pié dorado con un sol en las manos.

La Pizarra del Papa, Capitan Hércules Ballota, por insignia una muger con las armas de Pisa.

Andrea Soriano de Venecia, por insignia un monte cubierto de nieve, y una muger con una hidra en la mano.

Nicolo Vidalí de Venecia, por insignia una grulla.

Capitana de Stefano de Mari, Capitan Fabio de Marí; lleva fanal, y encima de él una águila negra.

Cristofaro Cuzich de Sebencano de Venecia, por insignia un pex dorado y un penacho de pluma.

Carlo Contariní de Venecia, por insignia Nuestra Señora con su hijo en brazos sobre una media luna.

Padrona de Lomelin, Capitan Luis Gamba, por insignia Neptuno.

Marino Segurí de Venecia, por insignia una muger vestida.

La Lomelina, Capitan Antonio Palavicino, por insignia una doncella con las armas lomelinas.

Francisco Comero de Venecia, por insignia un Cristo con una cruz en la mano.

Vigilancia de Sicilia, Capitan D. Silvestre Marquito, con una grulla por insignia.

La Capitana del Proveedor Quirini.—Fanal.

Felipe Pascualigo de Venecia, por insignia un oso herido con un brebe.

Cometa de Sicilia, Capitan Pedro de Juan, por insignia una estrella.

Antonio Bono de Venecia, por insignia un corazon en el fuego.

Porfiada de Sicilia, Capitan Hieromo de Mesa, por insignia un hombre y una muger con un par de tijeras en la mano.

Juan Francisco Dondole, por insignia una fortuna, sobre un delfin con una vela en la mano.

Higuera de España, Capitan Diego Lopez Llanos, por insignia cuatro higas.

Andrea Bragadin de Venecia, por insignia un Cristo resucitado.

Luis Balbí de Venecia, por insignia la Magdalena.

Princesa de Nápoles, Capitan Juan de Loaisa, sin insignia.

Francisco Zacaról de Venecia, por insignia un Cristo resucitado sobre el mundo.

Florida de Nápoles, Capitan Rodrigo de Cuastiguí, por insignia una muger con un ramo de flores en las manos.

Dario de Chefalonia de Venecia, por insignia una muger con un racimo de uvas en la mano.

Mendoza de España, Capitan Pedro Ortiz, por insignia una cierva dorada.

Dominico Polaní de Venecia, por insignia dos cuernos de Ciervo.

Jorge Galloto de Venecia, por insignia una rueda de fortuna sobre el mundo.

Patrona de Grimaldo, Capitan Lorenzo Roso, por insignia la de los Grimaldos.

Juan Maripiero de Venecia, por insignia una coluna dorada con cuatro cabezas de Leon y el mote *Quod diu et ultra.*

Capitan Francisco de Venecia, por insignia Santa Catalina, y Fanal.

Victoria de Nápoles, Capitan Juan Ruiz Esquirí, por insignia un ángel con una corona en la mano.

Leonardo Mucinigo de Venecia, por insignia una montaña sobre una llama de fuego y una pirámide en el medio con el mote *Pro patria ardentius semper.*

San Juan de Nápoles, Capitan Sancho Ruiz, por insignia San Juan.

Rocafulla de España, Capitan Ortuño; por insignia una muger con corona.

Capitana de Juan Vazquez Coronado, Capitan Martin Chaire.—Fanal.

Por Capitan y principal de las dichas cincuenta galeras en el cuerno drecho, há de ir el Marques de Santa Cruz, Capitan general de las galeras de Nápoles, de quien confiamos mucho por su valor, práctica y esperiencia, y le hán de obedecer los demas Capitanes Generales y particulares que en el dicho cuerno fuesen.

Las dichas galeras de este cuerno hán de navegar, cuando el tiempo no les forzáre á otra cosa, de seis á siete millas á la mar, haciendo todo lo que al dicho Marques pareciera.

Todas las galeras de esta escuadra hán de llevar gallardetes pequeños en la punta de la pena para ser conocidas de las otras galeras.

Cuando se hiciese la señal que há de ser hacer el carro del árbol de la Real con una bandera amarilla en la punta de la antena y tres tiros de artillería, uno trás otro algo aspacio, se pondrá en orden de batalla por el orden que está ordenado.

En la segunda escuadra que se há de llamar de la batalla, en la cual irá mi Persona, hán de ir navegando sesenta galeras, y el dia de la batalla hán de ser sesenta y tres, porque se hán de meter en la dicha escuadra, en los lugares que abajo irán señalados, las tres galeras de Malta que ván en la vanguardia navegando; y las unas y las otras son las siguientes:

BATALLA.

La Real.—A popa de la Real, Patrona Real, Capitan D. Diego de Mendoza.

Cuerno drecho de la Real.

1. Capitana de Su Santidad.—Fanal.

2. Capitana de la Religion de San Juan.—Fanal. Há de ir al caminar la vanguardia.

3. Capitana de Nicolo Doria.—Fanal. Capitan Antonio Doria.

4. Capitana David imperial.—Fanal. Capitan Conde de Landriano.

5. Patrona de Nápoles.—Fanal. Capitan D. Francisco de Benavides.

6. Juan Barbarigo de Venecia, por insignia una reina con una corona y un pedazo de cadena en las manos.

7. Capitana de D. Bernaldino de Velasco.—Fanal.

8. La Erbigina del Papa.—Fanal. Capitan el caballero Fabio Galerati, por insignia una cruz colorada encima de una bandera.

9. La Patrona del Papa.—Fanal. Capitan Alfonso Apianí de Aragon.

10. La Griega de España, Capitan Castillo, por insignia tres cruces y un gallo dorado.

11. Francisco Mengano de Venecia, por insignia un mundo sobre una media luna, sobre un Leon drecho con alas que tiene un Crucifijo en las manos.

12. La Luna de España, Capitan Manuel de Aguilar, por insignia una Luna.

13. Juan Cicogna de Venecia, por insignia Nuestra Señora con el hijo en brazos.

14. La Napolitana de Nápoles, Capitan Diego Ortiz, por insignia una muger con alas.

15. Juan Bautista Morelo de Venecia, por insignia una muger con un niño en los brazos.

16. La Hidra de Nápoles, Capitan Juan de Alvarado, por insignia una hidra con siete Sierpes.

17. Luis Pascualigo de Venecia, por insignia un he-

mifero con un Cristo en la Cruz y un mote *Preclara tantum diferunt.*

18. San Nicolas de Nápoles, Capitan Cristóbal de Monguia, un San Nicolás por insignia.

19. La Envidia de Nápoles, Capitan Juan de Morales, por insignia una muger que muerde una sierpe.

20. Francisco Bona de Venecia, por insignia sentado un Leon sobre una coluna cuadrada, tiene en las uñas un baston con dos sierpes en él.

21. San Jorge de Nápoles, Capitan Juan de Vergara, por insignia un San Jorge.

22. Santa Catalina de Nápoles, Capitan Juan Ruiz de Velasco, por insignia una Santa Catalina.

23. Horacio Frisono, por insignia Santa Eufemia con la palma en la mano, y una llama de fuego debajo.

24. José de Nápoles, Capitan Baltasar de Arana, por insignia San José.

25. La galera del Conde de Condiani.—Fanal.

26. Nicolo Trivolí de Venecia, por insignia un oso con las manos delante.

27. Turax de Nápoles, Capitan Pedro de Sandoval, por insignia una muger vestida á la turquesa.

28. Santiago de Nápoles, Capitan Jacobo Bacaro, por insignia Santiago.

29. Capitana de Lomelin, en que vá el Príncipe de Parma que ha de llevar el cuerno drecho de la escuadra de la batalla.—Fanal.

Cuerno siniestro de la Real.

1. Capitana de la Señoría de Venecia.—Fanal.

2. Marco de Molina de Venecia.—Fanal.

3. Sicilia de Sicilia, Capitan Jaime Losada, por insignia un monte.

4. Colane Edrasio de Venecia, por insignia un Santo Nicolás con la palma en la mano diestra, y en la siniestra una corona.

5. Juan Cen de Venecia, por insignia un Cristo que dá la bendicion.

6. La Soberana de España, Capitan Torres, por insignia una muger.

7. El Comisario Vendramín, por insignia un Cristo sobre el mundo.

8. La Cardona de Sicilia, Capitan Juan de Orta, por insignia un cardo.

9. Nicolo Fradelo de Venecia, por insignia un Leon en pié.

10. Julio Roca de Venecia, por insignia una coluna con una estrella, en medio el mundo, sobre él una cruz y encima la Trinidad con el mote *Ex alto sol oriens Trinitatis in cruce pendit, ut confundat fortia quæ sub Austris regnant.*

11. San Pedro de Malta.

12. Mateo Corrarí de Venecia, por insignia una muger con un niño en brazos.

13. Santiago de Malta.

14. Lorenzo Veniel, por insignia una palma.

15. San Bartolomé de Nápoles, Capitan Juan Abzate, por insignia un San Bartolomé.

16. Remercen, por insignia Hércules con un Leon debajo que le rompe la boca.

17. Pedro Pisaní, por insignia Santa Catalina.

18. Andrea Correro de Venecia, por insignia un Cristo con un libro en la mano.

19. Felipe Polaní, por insignia una muger con un niño en brazos.

20. Pedro Pisaní de Venecia, un Leon sobre un mun-

do, tiene lás armas de sobre-Comitre en la diestra, y en la siniestra un corazon por insignia.

21. Nicolo Pasuol de Venecia, por insignia una cruz roja.

22. Nicolo Mendini de Venecia, por insignia un mundo y encima una cruz con la lanza y la esponja.

23. Juan Micael Bricamano, por insignia San Cristóbal que lleva á Cristo en las espaldas.

24. Andrea Trono de Venecia, por insignia una mano que tiene un ojo.

25. Stelio Calchopulo, por insignia la rueda de la fortuna con un Drago.

26. Luis Jorge de Venecia, por insignia un gallo.

27. Gabriel del Canal de Venecia, por insignia un mundo con un ángel con la espada en la mano.

28. Luis Bembo de Venecia, por insignia una serpiente con cuatro pies, con el freno; tiene sobre sí un ángel que con la mano siniestra gobierna el freno, y en la diestra tiene un mote: *Yube*.

29. Daniel de Molin de Venecia, por insignia un ángel con una mano alzada.

30. Capitana, de Gil de Andrada.—Fanal. Capitan D. Hernando Zanoquera.

31. Patrona de Sicilia, en que vá Paulo Jordan Ursino, que há de llevar á cargo el cuerno siniestro de la Real. Esta escuadra há de caminar dos millas mas de tierra del cuerno drecho y de tres á cuatro millas mas atrás.

Todas las galeras de esta escuadra, hán de llevar unos gallardetes de tafetan azul pequeños en el garcés, para ser conocidas como está dicho en las demas.

Procurarán los Capitanes de las galeras que no se crucen unas y otras.

La tercera escuadra al caminar há de ser de cincuenta y dos galeras, y lo mismo al pelear, y se há de llamar el cuerno siniestro. Por Capitan principal de la cual vá Soranzo, Proveedor general de la Señoría de Venecia.

Las órdenes de la cual hán de ser las siguientes:

Cuerno siniestro de toda la Armada.

Galeras.

La Capitana del Proveedor Soranzo.—Fanal.

Teodoro Balbí de Venecia, por insignia San Teodoro armado con una serpiente debajo y en la mano una lanza.

Angelo Soriano de Venecia, por insignia una galona con dos alas de Falcon y dos Sierpes.

Capitana de Grimaldo.—Fanal. Capitan Jacobo de Lorenzo.

Daniel Pascualhigo de Venecia, por insignia una muger armada con un breve en la mano.

Bertuchí Contarini de Venecia, por insignia un monte con un fuego encima.

Francisca Cornero de Venecia, por insignia un Cristo resucitado.

Fama de Nápoles, Capitan Juan de las Cuevas, por insignia la fama con la trompeta.

Juan Bembo de Venecia, por insignia una muchacha desnuda que denota la verdad, y debajo tiene una mora que le saca la lengua.

San Juan del Papa, Capitan Antonio Peito, por insignia un San Juan.

Juan Maconigo de Venecia, por insignia á San Juan con una palma en la mano.

San Pedro del Papa, Capitan Fray Federico de San Jorge, por insignia San Pedro con las llaves.

Pedro Baduel de Venecia, por insignia San Pedro con las llaves.

San Pablo del Papa, Capitan el Comendador Buchii, por insignia San Pablo con la espada en la mano.

Marcho Ruimarcho de Venecia, por insignia un muchacho con una sierpe alrededor.

Brava de Nápoles, Capitan Miguel de Quesada, por insignia una muger armada.

Pedro Cano de Venecia, por insignia un San Cristóbal con un Cristo en las espaldas.

Jorge Carlegí de Venecia, por insignia un Cristo resucitado.

Federico Naní, por insignia con un Cristo que dá la bendicion, que el Cristo está con un mundo.

Patrona de Nicolo Doria, Capitan (no se espresa) con un pex por insignia.

Marco Antonio Beniel de Venecia, sin insignia.

Marco Antonio Pissani de Venecia, por insignia Nuestra Señora con la Palma.

Patrona de David Imperial, Capitan Nicolo Delio Ginovés, con un San Antonio por insignia.

David Bembo de Venecia, por insignia San Pablo.

Juan Antonio Cabalo de Venecia, por insignia una Cruz y el mote: «*Sanum fato et in vita.*»

Francisco Bono de Venecia, por insignia Santa Catalina.

Vitoria del Papa, Capitan Bacchio Guirte de Pisa, por insignia una muger con la palma.

Ludovico Cicuta de Venecia, por insignia un Cristo resucitado.

Vicencio Benedeto de Venecia, sin insignia.

Juan Bautista Quirini de Venecia, por insignia un Cristo con una Cruz y una palma en la mano.

Sebastian Prinli de Venecia, por insignia un Cristo resucitado.

Daniel Trón de Venecia, por insignia una ninfa con una corona en la mano.

Marco Cimera, por insignia el Espíritu Santo.

Teodoro Paide de Venecia, por insignia una águila con las alas abiertas.

Lucas Chiatuellí de Venecia, por insignia una media palma sobre la popa.

Antonio Pascualigo de Venecia, por insignia un Cristo resucitado sin bandera.

Hierónimo Cornel de Venecia, por insignia la fortuna encima del mundo con una vela hinchada.

Antonio Cabalí de Venecia, por insignia un medio Caballo y medio Sierpe.

Paulo Nanni de Venecia, una muger con un cesto en el brazo por insignia.

Marco Antonio Quirini de Venecia, sin insignia.

Nicolo Liporiani de Venecia, por insignia un brazo, y encima un Falcon dorado.

Felipe Lione de Venecia, por insignia una bandera blanca cuadra sola.

Nicolo Fraga Piera Venecino, sin insignia.

Juan de Meco de Venecia, por insignia un ángel con un lirio en la mano.

Jorge Calerge el Viejo, de Venecia, por insignia dos cruces, la una de ellas con un penacho en medio.

Jorge Sanquinazo de Venecia, por insignia un Cristo sobre un asnillo.

Pedro Gravisi Yetriano de Venecia, por insignia una polla con un breve.

Guzmana de Nápoles, Capitan Francisco de Ojeda, por insignia un Castillo y un hombre armado en él.

Gitana de Nápoles, Capitan Gabriel de Medina, por insignia una gitana.

Capitana del Proveedor Canal de Venecia.—Fanal.

Há de ir la dicha escuadra, dos millas mas de tierra que la batalla, y de tres á cuatro millas mas atrás. Todas las galeras de esta escuadra han de llevar unos pequeños gallardetes de tafetan amarillo en las astas para el efecto que está dicho en las otras.

La cuarta escuadra há de ser de veinte y nueve galeras, la cual se ha de llamar el Socorro, por Capitan de ella há de ir D. Juan de Cardona, Capitan General de las galeras de Sicilia; el órden de la cual hán de seguir los otros Capitanes como las propias mias, y las galeras hán de ser las siguientes:

Escuadra del Socorro.

Capitana de Sicilia.—Fanal.

San Juan de Sicilia, Capitan Scipion Vasallo, por insignia una bandereta roja de popa con una cruz blanca.

San Sebastian de Sicilia, Capitan Juan de Boneta, por insignia San Sebastian.

Catalana de Sicilia, Capitan (no se espresa) por insignia dos ángeles que sierran un monte.

San Lorenzo de Sicilia, Capitan D. Lope de Figueroa Bastardela, sin otra insignia.

Ocasion de España, Capitan Pedro de los Rios, por insignia una muger desnuda.

Granada de España, Capitan Antonio de Echevarria, por insignia un ramo de Granadas.

Pedro Vaduer de Venecia, por insignia San Juan con la cruz y un mote, *Fides, Spes, Charitas.*

Ventura de Nápoles, Capitan Juan de Pantoja, por insignia un hombre desnudo con los brazos abiertos.

Simon Salomon de Venecia, por insignia un Sol que nace de una nube y con un mote: *Et emergam tandem.*

Sagitaria de Nápoles, Capitan Martin Pirola, por insignia un Sagitario.

Antonio Melojaní de Venecia, sin insignia.

Marco Molin, por insignia un Cristo resucitado.

Fortuna de Nápoles, Capitan Diego de Medrano, una fortuna por insignia.

Alejandro Bicaman de Venecia, encima un Sol por insignia.

San Felipe de Nápoles, Capitan tomado de Aldana, San Felipe por insignia.

Capitana del Gobernador de Candinadí de Venecia.—Fanal.

La Esperanza de Nápoles, Capitan Pedro del Basto, por insignia una muger.

La Paz del Papa, Capitan Jacobo Antonio Palfrugino, por insignia una muger que enciende una hacha.

Luna de Nápoles, Capitan Jacobo Rubia, por insignia una luna.

Pedro Graderrigo de Venecia, por insignia un armelino.

Sirena del Papa, Capitan Angelo Bifoli, por insignia una Sirena.

Furia de Lomelin, Capitan Jacobo Chapé, por insignia una furia infernal descabellada con una serpiente en la mano.

Marco Antonio Pissani de Venecia, Gobernador, un San Teodoro armado y debajo un dragon por insignia.

Victoria de Lomelin, Capitan Nicolo Bergozoso, una Cruz sola por insignia.

El Comisario Contariní de Venecia, por insignia un Dios Padre con la Trinidad y con mote: *In hoc signo vincis.*

Grifona del Papa, Capitan Alejandro Negriní, por insignia un grifo.

Diana de Nápoles, capitan Antonio de Castro, por insignia una muger con una luna.

Capitana de Bendinetí.—Fanal.

Esta escuadra há de ir á retaguardia de toda la armada, recogiendo las galeras de ella que se quedasen atrás, mirando mucho que no se quede ninguna, y las galeras de esta escuadra hán de llevar un gallardete de tafetan blanco con una asta de pica, de cuatro brazas encima del fanal.

El dicho órden se ha de llevar siguiéndole en cuanto fuere posible segun el tiempo que hiciere.

Ván en esta armada ocho galeazas, las cuales para la navegacion y para pelear hán de ir repartidas en las tres escuadras de la batalla, cuerno drecho y cuerno siniestro en esta manera:

Al medio de la batalla dos, y á cada cuerno de ella una; dos en el cuerno drecho y dos en el siniestro; los nombres de las cuales hán de ser las unas y las otras, irán declarados al cabo, y las dichas escuadras hán de remolcar las dichas galeazas, dando parte á las galeras por su rata parte.

En la dicha armada ván asimismo treinta y tres naves, las diez y nueve de S. M. y las catorce de los señores Venecianos que van á cargo de D. Rodrigo de Mendoza, á quien he nombrado por mi Lugar-Teniente de ellas; las dichas naves hán de hacer la navegacion que

se les dará por otra órden mia, siguiendo la que diere el dicho D. Rodrigo en mi nombre.

Toda esta armada se ha de procurar que se provea bastantemente de agua donde se hubiese de hacer aguada, y que se conserve en las galeras de manera que no se gaste sino en lo forzoso.

Y porque siendo la dicha armada tan numerosa, con dificultad podrá hacer toda junta agua en un lugar, se há de procurar que siempre que con alargarse una escuadra de la otra cinco ó seis millas para hacer su aguada, lo haga.

En caso que se llegue á lugar donde forzosamente toda la armada haya de hacer aguada junta, la harán todas las escuadras juntas, sin esperarse la una á la otra.

El nombre se enviará á las dichas galeras con fragatas porque no se hayan de embarazar á venir á tomarla, y enviarán por el cada Capitan de escuadra á la Real.

En esta órden ha de caminar la dicha armada, que si parecerá añadir ó quitar algo en ella se ordenará como parecerá que mas convenga.

Adviértese que cuando se hubiese de dar batalla, las galeras qne ván de vanguardia navegando, han de acudir á los lugares que atrás les van señalados; y las dos galeotas de Fray Scipion Ursino y Francisco de Mecina hán de acudir al Marqués de Santa Cruz que les ordene lo que habrán de hacer.

Las galeazas hán de ir de esta manera: La galeaza Capitana y la de Andrea de Pessaró han de ir en el navegar con la escuadra de la batalla, la cual há de tener á cargo de las remolcar, y el dia de la batalla se hán de poner delante de la dicha escuadra en drecho de la galera Real á tiro de cañon, que yo daré la órden que se saquen fuera de la Batalla.

Las dos galeazas del Duque de Florencia que son Capitana y Patrona, hán de ir á caminar con la misma batalla, y al pelear mandaré que se saquen la Capitana al cuerno drecho de la Real y la Patrona al siniestro.

Las galeazas del cargo de Ambrosio Bragadini y Jacobo Gozo han de caminar con el cuerno drecho, que lleva á cargo el Marqués de Santa Cruz, y al pelear se meterán delante de el dicho cuerno la misma distancia, y el dicho Marqués tendrá cargo de hacerlas remolcar y pasar el dia de la batalla adelante.

Las dos galeazas del cargo de Antonio Bragadini y Vicencio Quirini, han de caminar con el cuerno izquierdo que lleva á cargo del Proveedor Soranzo, el cual há de tener cuidado de hacellas remolcar, y que el dia de la batalla se saquen delante del dicho cuerno la misma distancia que las demas.

Fecha en el puerto de las Legumínicas á 9 de Setiembre de 1571.=*D. Juan.*

RELACION DEL NÚMERO DE TODA LA GENTE QUE VÁ EN ESTA ARMADA DE S. M. QUE PARTIÓ DEL PUERTO DE MECINA Á LOS 16 DE SETIEMBRE DE 1571 AÑOS, Á ENCONTRARSE CON LA DEL TURCO (1).

Infantería Española.

Embarcáronse catorce compañías del tercio de D. Lope Figueroa en que hay mil nuevecientos y ochenta y cinco soldados españoles. 1985

Del tercio del Maese de campo D. Pedro Padilla se hán embarcado cuatro compañías, y se

(1) Archivo de Simancas.—Estado.—Legajo núm. 510.—Año de 1571.

hán de embarcar en Taranto otras seis, que en todas diez hay mil setecientos cincuenta y dos españoles. 1752

Del tercio de D. Miguel de Moncada se hán embarcado siete compañías en que hay mil ciento sesenta y dos. 1162

Del tercio de Diego Enrique se hán embarcado nueve compañías en que hay mil doscientos noventa y ocho españoles. 1298

Las compañías de Capitan Melgarejo y D. Diego Osorio que de ordinario andaban en las galeras de Juan de Andrea Doria, en que hay cuatrocientos cuarenta y cinco españoles. 445

Que son seis mil seiscientos y cuarenta y dos soldados españoles, demas de otros mil quinientos y catorce que en las compañías de los dichos tercios se hán embarcado en las galeras de los Venecianos, que en todos los unos y los otros vienen á ser ocho mil ciento sesenta. 8160

Infantería italiana.

Hánse embarcado cinco compañias de la Coronelía de Pablo Esforza en que hay ochocientos y diez soldados italianos. 810

De la Coronelía del Conde de Sarno se hán embarcado cuatro compañías en que hay quinientos cuarenta y siete. 547

De la Coronelía de Segismundo de Gonzaga otras cuatro compañías en que hay quinientos sesenta y dos soldados 562

Las cinco compañías de italianos que andaban de ordinario en las galeras de Sicilia en que hay quinientos soldados. 500

Las cuatro compañías de Tiberio Bracanzo en que hay trescientos soldados. 300

Que son dos mil setecientos diez y nueve soldados italianos, de mas de otros dos mil cuatrocientos ochenta y nueve que se hán embarcado en las galeras de Venecianos en diez y siete compañías de las dichas Coronelías, que en todas vienen á ser cinco mil doscientos ocho. 5208

Alemanes.

Hánse embarcado cuatro mil nuevecientos ochenta y siete soldados alemanes de las Coronelías del Conde Alverico de Lodron, del Conde Vinciquerro de Árcos. Los mil de ellos en galeras y el resto en las naves de la armada de que es Capitan General D. César de Abalos y no vá en ellas otra gente mas de aquesta, sino son algunos españoles que ván en la nave Capitana con el dicho D. César de Abalos, demas desto se quedaron enfermos en Mecina otros mil alemanes de las dichas dos Coronelías y son 4987

Aventureros y personas particulares.

Los Señores Gentiles Hombres de la Corte de S. A. y Capitanes y Alféreces y otras personas particulares entrenidas cerca de su persona serán hasta. 360

Lleva el Príncipe de Parma diez señores titulados: diez capitanes, veinte y dos caballeros y ciento ciucuenta y dos soldados italianos, á su costa, y solo ocho criados de servicio muy bien armados 202

Asimismo lleva el Príncipe de Urbino ciento

veinte y siete personas entre caballeros y otros particulares, y entre ellos á Pedro Antonio de Lona su cuñado, muy bien armados y en órden. . . 127

Lleva el Comendador mayor de Castilla ciento setenta y tres personas entre Caballeros, Capitanes y Gentiles Hombres, soldados y criados con sus armas muy bien en órden 173

Lleva el Marqués de Avalo, hijo del Duque de Terranueva, treinta y tres personas barones, Caballeros y Capitanes y algunos criados de su servicio bien armados todos. 33

Lleva el Conde de Setaflor setenta y seis personas, Caballeros, soldados y criados con sus armas muy bien en órden 76

Lleva el Conde de Soriano diez y ocho personas, Caballeros y soldados bien armados. . . 18

Lleva D. Pompeo Lanoy treinta personas Caballeros y particulares bien armados 30

Lleva D. Vicencio de Boloña, hijo del Marqués de Marines, veinte y cinco personas entre Caballeros, Gentiles Hombres y criados, todos con sus armas 25

Lleva el Conde de la Turela treinta y dos personas, los mas Caballeros principales, todos bien armados 32

Lleva el Conde de Vicar treinta personas entre Caballeros y Capitanes y Alféreces y criados bien armados. 30

Lleva Vicencio Garrafa Prior de Hungria, quince Caballeros y personas principales bien armados y en órden. 15

Lleva Vicencio Vitelli doce Gentiles Hombres y criados bien armados y en buen órden. . . 12

Lleva Octavio Gonzaga diez y siete personas, Gentiles Hombres, y criados con sus armas . . 17

Lleva Ascarnio de la Corna Maestre de Campo General de la Liga, setenta personas particulares con sus armas y en buen órden. 70

Lleva Gabrio Servellon Capitan General de la Artillería, cincuenta y cuatro personas entre Caballeros, Gentiles Hombres, y algunos criados todos muy bien armados. 54

Lleva Francisco de Ibarra, Proveedor y Comisario General, treinta y cinco personas entre Caballeros, Capitanes, Alféreces, y algunos criados todos muy bien armados 35

Lleva D. Pedro Velazquez, Veedor general de la Armada, veinte y seis personas, Caballeros y otros particulares y algunos criados con sus armas y en órden 26

Lleva el Contador D. Diego Garcia de Padilla, veinte personas bien armadas y en órden . . . 20

Hánse embarcado otros muchos Caballeros, y personas particulares que vienen por aventureros con algunos criados suyos que serán. 378

Que son los de la casa de S. A. y todos los aventureros y personas particulares arriba nombrados mil ochocientos setenta y seis. . 1876

Los Españoles todos, son. . . .	8160
Los Italianos	5208
Los Alemanes.	4987
	20231

Habiendo puesto las relaciones de las naves y hombres que formaban la escuadra de la Santa Liga, debiera

hacerse tambien lo mismo con la del Turco; pero juzgo mas oportuno remitir al lector al interrogatorio que se pondrá mas adelante é hizo Juan de Soto en las Islas Escorzolarias á los prisioneros relativo á la escuadra vencida.

Relacion de lo que hizo la armada de la Santa Liga desde el 30 de setiembre al 10 de octubre de 1571, asi como de la victoria que obtuvo (1).

Salió la escuadra de la Liga Santa del puerto de Mecina el 16 de setiembre con el número de naves, como se deja dicho, y habia marcado S. A. en su órden de 9 del mismo mes. En el dia 30, que era Domingo, partió la armada cristiana de los molinos inmediatos á Corfú, y llegó á dar fondo á Legumínici (2) que es en Albania, y en la antigüedad se llamó Epiro, puerto muy capaz, abundante de aguas y leñas, productos de las montañas y bosques que le rodean.

Mientras tanto la ciudad de Famagusta, despues de resistir por espacio de once meses un fuerte sitio y seis

(1) Archivo general de Simancas.—Estado.—Legajo núm. 1134.—Año de 1571.

Solo algunas noticias y datos son los que están tomados de los documentos publicados por el Sr. Aparici, ya citado.

(2) Legumínici, antes Espiro, provincia de la Grecia: algunos geógrafos la colocan en la Albania baja; la separaba de la Macedonia el rio Calydo y el monte Pindo. Sus pueblos fueron célebres en la antigüedad. Plinio, Strabon y otros, se han ocupado de la descriccion de Epiro. (Morelli, *Diccionario Geográfico*, tomo III.)

Epiro.—Provincia de la Turquía Europea. Confina al N. con la Albania, al E. con la Tesalia, al S. con Lachaya y al O. con el mar Jonio (Bosguieu.)

El Epiro ó Epirus, hoy llamado Alta Albania, estaba separado por la Tesalia y el monte Pindo, hoy Metrovo, y cerrado al Sur por el golfo de Ambratius ó de Ambracia, ahora de Arla, el cual le separaba de la Arcanania. (*Atlas de Geografía universal antigua y moderna* por Dufour y Duvotenay.)

asaltos, sus defensores, al mando del célebre Marco Antonio Bragadini, cuando ya no tenian recursos ni esperanzas, se rindió bajo ciertas condiciones al Mustafá; este, olvidando la fé de los tratados, y con una fiereza inaudita, dispuso que el gefe vencido fuese desollado, colgando su piel en la antena de una de las galeras. El cristiano llamaba á Dios, como testigo de tanto engaño y crueldad, y los demas cautivos fueron pasados á cuchillo: siguió el Almirante Haly con su escuadra en las costas de Venecia, llevando en pos de sí la desolacion, la muerte y los horrores.

Regresó á Epiro el Comendador Gil de Andrade con una de las fragatas con que habia sido enviado para tomar las noticias que supo respecto á que la Armada Turca se hallaba en las aguas de Lepanto (1), habiendo enviado setenta navíos de remo y dos naves al puerto de Corón á llevar los enfermos, y tomar gente útil en reemplazo de estos. La escuadra Turca constaba de doscientas galeras y otros buques menores de diversas formas; discordes los capitanes en aceptar ó no el combate, si eran provocados á él por los cristianos, el Sultan, por medio de una cédula, mandó se diese la batalla.

Don Juan ordenó á Marco Antonio Colona de que se dieran prisa á reunirse los venecianos, encargándoles ordenasen la gente de sus galeras, pues importaba no perder tiempo.

A causa del fuerte temporal continuó hasta al amanecer del miércoles, 3 de Octubre, en el puerto de Legumínici Marco Antonio Colona con las galeras de Su Santi-

(1) Lepanto, antes Naupactos, ciudad fuerte y puerto en Grecia, llamada Lepanto por hallarse en el golfo de este nombre: su poblacion hoy dia es de 2,000 habitantes.—(Morelli, *Diccionario Geográfico.*)—(*Atlas* de Dufour y Duvotenay.)

dad, y el general veneciano con las suyas, lo que hacian ambos bien contra su voluntad, obligados solo por la imposibilidad en que estaban de poder navegar.

El lunes 1.° de Octubre se colocó la escuadra en el órden de batalla, segun de antemano estaba dispuesto; cada una de las naves y combatientes ocupó el lugar que se le habia designado; hubo varios ejercicios de escaramuza, y el mismo D. Juan, entrándose en una galera, visitó varias; exhortó á todos á que tuviesen valor para pelear, encareció la necesidad y ventajas que resultarian á la Religion y á la patria, diciendo seria ignominioso que no vencieran soldados tan fuertes y que militaban por la justa y santa causa de Dios; recordó á cada una de las naciones sus hechos gloriosos, y esto mismo hicieron los generales en sus escuadras; los sacerdotes publicaron la indulgencia plenaria que concedia el Vicario de Cristo á todos los que muriesen en tan santa guerra, dándose ademas las disposiciones que fueron necesarias.

Volvió Gil de Andrade, y ninguna noticia tuvo que añadir á las que habia enviado antes por la fragata.

Revistó D. Juan á toda la armada, y hallando que todo estaba en buen órden y preparado, hizo tomar muestra á las galeras.

Al amanecer del miércoles 3 zarpó la armada del puerto de Legumínici, llegando á las nueve de la mañana al Cabo Blanco, cerca de Chefalonia. Don Juan dispuso poner en batalla la armada, y tanto S. A. como el Comendador dieron las órdenes que convenian para llevarlo á cabo.

Siguió tranquila la navegacion de la escuadra toda aquella noche; á las cuatro de la mañana del dia 4 dió fondo en el puerto de Fiscardo en el canal de Chefalonia. Llegó en este dia un bergantin con la nueva de que la

ciudad de Famagusta se habia rendido al Turco el 20 de Agosto, habiendo muerto el capitan Astor Ballon, que la defendió cuanto le fué posible; y el vencedor, olvidando lo tratado, pasó á cuchillo á todos los rendidos.

Las naves que iban de primera vanguardia de la armada apresaron una galeota griega: dijo el que la mandaba iba cruzando aquellos mares con objeto de robar ciertos cazares turcos.

Se acordó que retirada la segunda vanguardia se hiciese á la vela la armada, haciendo rumbo á las islas Escorzolaras, con direccion á Lepanto. Asi se hizo, llegando parte de ella á la mañana siguiente, dia 5, al canal de la isla Chefalonia, inmediata al valle de Alexandrí, donde tomaron agua: estuvieron allí hasta ponerse el sol, y salieron llegando al otro dia á las aguas de Lepanto, continuando su viaje para el puerto de Petalá; desde este punto envió S. A. persona de su confianza con fragatas para que se adelantára con objeto de ver si descubria los enemigos.

Al salir esta escuadrilla del canal que forman aquellas islas, la guardia del calcés de la galera Real hizo la señal de que se avistaba una vela latina.

Dió sus disposiciones D. Juan para que se enterasen las personas que designó, de si se veia ó no al enemigo, contando sus bajeles si pudiera ser; al mismo tiempo llegaron las gentes enviadas á tierra, y confirmaron ser cierta la noticia de que la escuadra enemiga navegaba haciendo aquel rumbo.

D. Juan se embarcó en una fragata con su caballerizo D. Luis de Cardona y el secretario D. Juan de Soto; reconoció la armada, dió priesa á que navegasen, animó otra vez á los soldados, les aseguró nuevamente la victoria, pues iban á pelear por la verdadera y justa causa

de la Religion: sus ecos fueron acogidos con el mayor silencio, y contestados con entusiasmo y decision.

Mandó disparar un cañonazo, y hechas otras señales de antemano dispuestas para anunciar el combate, se colocaron seis galeazas de Venecia delante de las escuadras de la batalla, del cuerno derecho y del izquierdo; dos galeazas por escuadra; de suerte que con los disparos de la artillería pudiesen desordenar al enemigo. Siguió S. A. por sí mismo activando la llegada y reunion de toda la escuadra, y envió sus órdenes á Juan Andrea de Doria, que traia el cuerno derecho, y Agustin Barbarigo el izquierdo para que distribuyesen sus fuerzas segun les ordenaba. Volvió D. Juan á la Real, revistó al paso las galeras que encontraba, animando de nuevo á todos á pelear, y recibiendo grandes demostraciones de contento; envió al Comendador con nuevas órdenes para Marco Antonio Colona, disponiendo que las galeras que iban cerca de la Capitana de Su Santidad, en que él se hallaba, y otras que le pareciese, navegasen despacio, y muy unidas; todo lo que fué puntualmente obedecido.

La Armada Otomana navegaba en forma de media luna con viento de popa, pero los rayos del sol la incomodaban; avanzaba en el mismo órden de batalla, mandando el ala derecha Mahomet Siroc, la izquierda Ulua-Haly, y el centro Haly; algunas galeras y treinta fragatas al mando de Amurates, formaban la escuadra de auxilio en que venian pocas fuerzas.

El Marqués de Santa Cruz con sus galeras se habia retrasado, y D. Juan de Cárdenas se alejára en la vanguardia con ocho galeras á descubrir un puerto; mas los dos fueron avisados por fragatas enviadas al intento para que se reuniesen con urgencia á la armada.

Don Miguel de Moncada advirtió á S. A., que en aquel

dia, domingo 7 de Octubre, se celebraba en Valencia la fiesta de Nuestra Señora de los Remedios; y como D. Juan profesaba una particular devocion á la Virgen María, se encomendó á ella con fervor; dispuso se arbolasen los Crucifijos y estandartes, que fueron saludados por todos con cristiano entusiasmo y devocion; arrodillado D. Juan, oró al cielo, pidiendo á Dios la victoria para los suyos; lo mismo se hizo en todas las naves de la armada. Los PP. Capuchinos y de la Compañia de Jesus, enviados por el Santo Padre con el Jubiléo, recitaron varias preces y echaron la absolucion á los cristianos, en uso de las facultades que como delegados ejercian: la mar se tranquilizó, y llegó á ser tanta la calma, que las velas eran inútiles, y á remo tuvo que avanzar muy despacio la Armada Turca, de manera que D. Juan con la batalla y el cuerno izquierdo se colocaron muy bien: Haly Bafsâ hizo un disparo como en señal de querer combate; le fué contestado con otro, y navegando la Real de D. Juan hácia la del Turco, saliendo como una milla ó dos en busca de Bafsâ, repitió el cristiano el cañonazo para que no dudase quedaba aceptado el combate á que era provocado; en tanto D. Juan Andrea Doria fué navegando para tomar posicion, y esperar la llegada de las otras escuadras.

Era ya medio dia cuando las escuadras se pusieron á tiro de cañon; cuatro galeazas de las que estaban alli avanzaron en órden de batalla, y llegó el Marqués de Santa Cruz con la escuadra de Socorro. Mandó D. Juan que todos los buques se hiciesen á la mar, con objeto de que lejos de tierra perdieran toda esperanza de poderse salvar, y peleasen todos hasta vencer ó morir.

Tocaron á batalla las trompetas, y nuevamente los cristianos invocaron la proteccion de María Santísima: Don Juan habló otra vez á su gente, y empezaron á caño-

nearse las galeras; ningun buque enemigo atacó á las galeazas; mas estas hicieron fuego tan certero, en particular la de Bragadino, que causó mucho daño á los turcos, é hizo grandes claros en la línea de batalla de las naves turcas que les rodeaban.

Con fuerza se aproximaban unas galeras á las otras, y en cuanto fué conocida la Real del Turco, que traia el estandarte Real y venia en ella Haly-Bafsâ, mandó Don Juan al Cómitre Real que guiase su galera en direccion á la del gefe Turco; la de este esperó á tomar buena posicion, y entonces largó tres cañonazos; uno llevó las arrumbadas, otro mató algunos remeros, y el tercero pasó por encima de los fogones de la Real Cristiana; esta hizo fuego y causó gran destrozo á su contrario, se aferraron las dos y fué reñido el combate que se trabó.

Siete galeras y galeotas principales venian con la del Bafsâ, y acudieron sobre la Real de Su Magestad Católica, á la que tenian ya aislada del resto de su Armada; mas presto acudieron dos galeras Capitanas de Su Santidad y de Venecia: en la de este iban Marco Antonio Colonia, los caballeros Romagaz, y Miquel, sobrino del Santo Padre, con otros nobles que pelearon con gran valor contra todas las galeras enemigas que se presentaron. Seguia á esta la Capitana de Saboya, cuyo general, que lo era Mos. Seguí, salió herido. La Grifona del Papa peleó con la turca Carasosa; fué tomada y muerta la gente que la tripulaba y defendia, á pesar de estar aquella protejida por otra galera de socorro. La del general de los venecianos peleó y venció, rindiendo á su contraria, haciendo lo mismo con otras galeras las de los príncipes Parma y Urcino, Pablo Jordan y varios otros.

Dudosa la victoria despues de una hora de combate, y siendo tanto el humo, que oscurecia el sol, sucedió,

(atribuyéndolo á un señalado favor del cielo) que el viento cambia; el que era de popa y favorable para los turcos, soplaba despues de poniente volviéndose contrario, y llevaba hácia las naves turcas el humo, lo que perjudica mucho á los infieles, favorece á los cristianos y contribuyó á la completa victoria que estos lograron.

Dos veces la Real de S. A. habia ganado á la del turco hasta el árbol; mas fué rechazada por el socorro de turcos que recibia la de Haly-Bafsâ, entrándolos en la proa de la de D. Juan, que tenia á su cargo el Maestre de Campo D. Lope Figueroa, á la que socorrieron con la gente que tenian Cárdenas y Moncada; recibió un fuerte esmerilazo en la rodela Salazar, del que murió. Don Pedro Zapata con los arcabuceros de su mando hicieron tanto fuego, que algunos dispararon mas de cuarenta veces el arcabuz.

Don Luis de Carrillo en su pequeño esquife dió pruebas de gran valor; su padre el Conde de Pliego estaba con S. A. en el estanterol de la Real, acompañándoles D. Luis de Córdoba, D. Rodrigo de Benavidez, D. Juan de Guzman, D. Felipe Heredia, Ruy Diaz de Mendoza, y el Secretario de S. A. D. Juan de Soto; el Comendador mayor de Castilla tenia algunos ratos el estandarte Real, y otros al lado de D. Juan permanecia; todos se batieron con decision y valor, que parecian fabulosos.

Rechazados tres veces los genízaros por los españoles de la Capitana, les causaron gran mortandad; mas recibieron otros de refresco en lugar de los que estaban fuera de combate, y repelieron á los españoles.

Herido de un balazo en la frente Haly-Bafsâ, murió, al mismo tiempo que abordaban los españoles á la Real Turca. Hay autores que dicen fué arrojada al mar la cabeza de Haly en el momento en que un cristiano se iba á apoderar de ella; pero la opinion mas seguida, es que fué

puesta en la punta de una lanza, y enseñada á todos para que los unos viesen su desgracia y los otros el triunfo.

Hechos dueños de la Real turca, y muerto ya su general, los cristianos redoblaron sus esfuerzos, degollaron á Bafsâ, y arrancaron sus estandartes, tremolando en su lugar el de la Santa Liga. No solo hicieron prisioneros á los hijos de Haly, sino tambien fueron pasados á cuchillo quinientos turcos; y otras galeras que vinieron á atacar la Real de S. A. fueron vencidas por las que estaban cerca de la batalla de D. Juan: éste mandó dar el grito de *victoria*, que fué repetido con alegre entusiasmo por toda la Armada; mas aun los ecos de júbilo se confundian con el ruido del combate.

El Comendador, de acuerdo con S. A., juzgó oportuno enviar socorros al cuerno derecho, con las fuerzas que habian permanecido inmediatas á la Real, pues los enemigos continuaban aun en gran número, y se irian rindiendo segun los encontrasen.

Algunas galeras tanto turcas como de la Liga no habian peleado junto á las Reales; entre las cristianas se contaban las de Juan de Andrea, Octavio Gonzaga, y Vicente Vitelli: no dejaron por eso de batirse, y momentos hubo en que tuvieron lugar los combates personales, siendo tanto estos como el general, muy reñidos, los que sostuvieron con la galera en que iban los hijos de Haly y otros principales. En la del Comendador iba el hijo del Marqués del Castellar, y otros muchos nobles españoles, con el Capitan Alejandro Torrellas, y fué rendida.

La Capitana de Malta que estaba al estremo de la batalla fué atacada por tres galeras; pues pasando en aquel momento por alli cerca el rey de Argel, y conociendo su estandarte, envió otras tres galeras mas, con las que fué tomada la de Malta despues de una larga defensa,

siendo pasada á cuchillo la gente que en ella iba. Dos galeras de la Religion, que con tres turcas se batian, al ver la suerte que habia tenido su Capitana, pelearon con tanto ardor, que tomaron las tres galeras matando á los turcos, y recobrando su Capitana, hallando muerta toda la gente de ella, escepto el general que estaba herido; corrió á socorrerlos S. A., y halló al paso á D. Juan de Cardona, que no se habia encontrado alli por estar desempeñando la comision que le diera, de ir con ocho galeras á descubrir un puerto. Fué tan á tiempo su vuelta, que ocupando el lugar que le tocaba, con cuatro galeras se puso á impedir el paso, y acertaron á intentar forzarlo quince de las enemigas; les hizo frente, peleó con ellas, y se sostuvo hasta tanto que, llegando en socorro la Real, fueron prisioneras las turcas: llevaba Cardona en sus galeras al Marqués de Ayola y otros señores sicilianos, Don Enrique de Cardona, D. Juan Osorio, el Maestre de Campo del tercio de Sicilia, D. Diego Henriquez, que tenia en las galeras de su tercio 500 españoles, de los cuales solo se salvaron 50 y ningun oficial. Don Juan de Cardona recibió una herida en la garganta, de la cual murió, y fué sentido por todos como merecia.

Llegó D. Juan al ala derecha, y al ver los enemigos el número de galeras que hácia ellos se dirigia, y saber la pérdida de Bafsâ, se fueron rindiendo unas naves, y otras huian; libre ya S. A. de esta parte de la Armada turca, corrió á socorrer el ala izquierda de la suya, que se hallaba próxima á tierra en donde habia bastantes galeras turcas; pero tan pronto como llegaron á ver que venian hácia ellas los cristianos, no hicieron frente, ó huian desórdenadamente sin reparar que pudieran haber hecho gran daño á la Real de D. Juan, y á las galeras del Marqués de Santa Cruz y Juan de Andrea, que se habian adelantado.

Conociendo S. A. que era ocasion muy buena, que no debia perder, para hacer prisioneras aquellas naves fugitivas, mucho mas yendo en ella Abuchalí, mandó navegar á remo para darles caza por vanguardia, antes que doblasen un cabo que estaba alli cerca; pero habiéndose adelantado el Marqués de Santa Cruz y Juan de Andrea á realizar el deseo de S. A., fué causa que casi todas las naves que huian, eran mas de 30, escepto ocho ó nueve que aprovecharon el viento y eran de las mejores, las demas encallaron cerca de tierra, las incendiaron, salvándose la gente nadando como pudo; no siguiendo á las demas porque era el anochecer, los remeros estaban cansados y las galeras de D. Juan muy mal paradas.

En el ala izquierda se peleaba en tanto personalmente, Barbarigo contra Siroco, que era el gefe del cuerno derecho del enemigo; este hirió al cristiano, que con tanto valor se defendia, en un ojo, atravesándole la cabeza con una flecha, de lo que murió al dia siguiente. Este suceso produjo un ligero abatimiento en los soldados, circunstancia que estuvo en poco sirviese para que el turco venciera.

Marco Quirini y Antonio Canale pelearon tambien con denuedo resistiendo á las fuerzas enemigas de una manera que no se podia pedir mas, sucumbiendo con gloria. Su nombre será inmortal siempre, cual merecieron, y su patria los recordará con pena y respeto.

Cual antes habia hecho, hizo entonces el Marqués de Santa Cruz; y al quererse llegar una galera turca á la Capitana, se interpuso separando la enemiga; la tomó y acuchilló toda la gente, sin que dejase de ser herida parte de la que iba en la suya, y el mismo Marqués recibió dos arcabuzazos, de los que le libró la rodela á toda prueba que tenia; llegó á socorrerla otra galera en que iban el

Maestre de Campo D. Pedro de Padilla, D. Pedro de Velazquez y muchos Caballeros de Nápoles: aumentándose las fuerzas del Marqués con otras, empezó con mas ardor la pelea. Don Martin de Padilla, con su galera Capitana, hizo notables servcios; iban en ella el hermano del Duque del Infantazgo, y otros muchos Caballeros españoles, los que pelearon con denuedo y rindieron tres galeras turcas. Las galeras de la Santa Liga que se habian quedado atrás, fueron rindiendo las pocas naves enemigas que quedaron y hallaban dispersas. Era noche ya cuando D. Juan mandó se reuniesen todas las galeras que con él venian, asi como las demás de la armada.

Las venecianas, cuyos capitanes por ser muchos no eran conocidos, dieron pruebas en cuantas ocasiones se les presentaban de valor, imitando á sus antepasados, y cada uno dió buena cuenta de los infieles que alcanzaba, cual lo acredita el haber atacado los del ala derecha cuando el enemigo venia frente á ellos. Nunca se ha visto ir á los hombres tan decididos al combate, ni con mas voluntad y deseo que aquellos cristianos tenian de encontrar al enemigo de su Dios y de su patria. Esta era la enseña por la cual habian jurado D. Juan y su gente vencer ó morir, y tenian gran confianza de conseguir lo primero; tambien los turcos creyeron sería para ellos lisonjero el éxito del combate, fundándose en los presagios de los ulemas y augures; mas les salieron fallidas las predicciones de sus oráculos. En la Armada cristiana se contaban 203 galeras reales, seis galeras, 24 naves gruesas, 5 galeazas y algunas fragatas, que por hallarse en comisiones y otras causas no se unieron á la Armada hasta los últimos momentos del combate: la fuerza de esta eran de 22,000 hombres de infantería, sin contar con los remeros y mas gente ordinaria que iba en las galeras; se creia era me-

nos numerosa que las fuerzas turcas, asi como que se habia retirado á Lepanto el corsario Alochiali.

Los infieles llevaban 225 galeras reales, 60 galeotas y otras naves menores, mas de 25,000 hombres de pelea, sin contar los refuerzos que recibió, llegando á reunir 39,750 combatientes: asi es que, fiados en ser mayor en número que los cristianos, fundaban su esperanza y deseo de obtener la victoria, é hicieron tomar las armas en los pueblos de la Morea á todos los que podian manejarlas; con este aumento llegó Bafsâ á reunir 50,000 hombres, segun el mismo D. Juan y los demas creian.

Se dijo que Haly Bafsâ antes de empezarse el combate habia mandado á un cautivo cristiano saliese á la mar tanto cuanto necesitase para descubrir el estandarte de la Armada cristiana, diciéndole cuales eran las galeras del Rey de España; sorprendióse el comisionado de Haly al ver tantas naves como venian, y aunque no pudo enterarle del número, dijo sí, «*que eran muchas.*» El turco temió no poder escusar el combate, lo que calló por no desanimar á su gente; pero no pudo menos de esclamar: «*El que hoy ganare la victoria, será señor del mundo.*»

Grande fué el valor con que los Generales, Capitanes, soldados, particulares, remeros, y toda la gente de la Armada cristiana se batian, sin recordar mas que sus deberes y la justa causa que defendian: nadie retrocedió ante el peligro; todos contribuyeron á la victoria; hubo hechos particulares de armas que acreditaron al Turco. ¡Cuánto valor inspira á los guerreros cristianos defender su sacrosanta Religion!

Podria citar muchos hechos personales que tuvieron lugar entonces, y bastan para conocer el espíritu que animaba á aquellas tropas y gente de la Santa Liga, los siguientes:

Un humilde soldado, que despues fué el príncipe de los ingenios españoles, cuya memoria respetan todas las naciones cultas, y la España se envanece haya nacido en su suelo, fué tambien héroe en Lepanto (1).

Miguel de Cervantes y Saavedra servia en la compañía de Diego Urbina, que era del tercio de Moncada: iba en la galera Marquesa de Juan de Doria, su capitan Francisco Santo Pietro. Se hallaba Cervantes bastante enfermo, y exento de todo servicio por esta causa; mas apenas supo que iba á empezarse el combate, corrió á ocupar su puesto, sin que fuese bastante á que se retirase las instancias de su capitan ni de sus amigos; á estos respondió: «*Señores, ¿qué se diria de Miguel de Cervantes? en todas las ocasiones que hasta hoy dia se han ofrecido de guerra á S. M., y se ha mandado, le he servida muy bien como buen soldado; y así ahora no haré menos, pues aunque esté enfermo y con calentura, mas vale pelear en defensa de Dios y de S. M., é morir por ellos, que no bajarse só cubierta;*» Pidió con instancia ser colocado en el lugar mas peligroso: á la cabeza de doce hombres fué destinado al esquife; resistiendo con gran valor al enemigo recibió dos arcabuzazos, uno en el pecho, y otro le inutilizó la mano

(1) Como documento curioso, creo oportuno poner su partida de bautismo, sobre la que tanto han discordado los escritores; mas mi amigo el Sr. D. José Velasco Dueñas, con una laboriosidad que le honra, halló la verdadera y original en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de la ciudad de Alcalá, la que á la letra dice así: «Año de 1547.—»Domingo nueve dias del mes de Otubre año del Señor de mil é qui»nientos é quarenta é siete años fué baptizado Miguel, hijo de Rodrigo »de Cervantes é su muger doña Leonor; fueron sus compadres Juan »Pardo; baptizóle el Rdo. Señor Bachiller Serrano, cura de Nuestra Se»ñora: testigos Baltasar Vazquez, Sacristan, é yo que le baptizé é firmé »de mi nombre.—Bachiller Serrano.»

Cuya partida, con el facsímile de su escritura y el de la firma de Cervantes y la de su muger doña Catalina Palacios y Salazar, sacados de los mismos originales, forman la publicacion hecha por Dueñas en 1852, no quedando ya duda alguna de que en Alcalá fué donde nació Cervantes, y no en Madrid.

izquierda: fué larga su curacion en el hospital de Mecina; y apreciando mucho el ilustre D. Juan la noble conducta y servicios de Cervantes, fué á visitarle, le socorrió generoso, aumentándole tres escudos al mes; y despues que estuvo restablecido, volvió al servicio. Así consta todo en la informacion hecha en 1572, y las declaraciones prestadas por los alféreces Mateos de Santisteban y Gabriel Castaños á instancia de Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel.

En una de las galeras remaba por castigo Francisco de Molina ó Molinella, natural de la villa de Tarancon (1), reino de Castilla, al que se conocia por el sobrenombre del *Marquesillo* á causa de titularse hijo del conde de Cañete: esta mentira, el variar de nombre segun le convenia para sus estafas, las sospechas que hácia él habia de que se dedicaba al robo, consecuencia muy inmediata del juego, en lo que se empleaba, fueron lo bastante para que se le condenára á remar en las galeras. Destinado á una de las que formaban la Armada de la Liga Santa, en Lepantó fué tanto lo que se distinguió desplegando tal valor, y quitándole los hierros que por sus crímenes llevaba, peleó tan valerosamente, que fué premiado con 700 ducados, los que al dia siguiente jugó, por lo que se le puso otra vez al remo. Si Molina, que pertenecia á la parte abyecta de la Armada dió tales pruebas de valor y decision en la guerra contra el infiel, ¿cuántas otras no podrian citarse de los esforzados guerreros á quienes la religion, el honor y el valor guiaban al combate para obtener la victoria en Lepanto? Muchas en verdad, que serian largas de referir: entre estas ya presenté la de Cervantes, pues fué notable su conducta en aquel célebre combate.

(1) *Historia de Tarancon*, mandada formar por Felipe II en 1575, que existe en la real biblioteca del Escorial.

No bastó al turco cuanto hizo para alcanzar la victoria, su denuedo y obstinacion, así como la presteza con que reforzaba sus naves cuando las veia en peligro: todo esto no le sirvió para vencer; el cielo protejió á los cristianos, que segun se dice á la hora en que se dió el combate, todos los fieles estaban rezando el Santo Rosario, cuya festividad se celebraba en aquel dia desde el año 1208 en toda la cristiandad.

Fué tal la mortandad causada á los enemigos, que el P. Mariana (1) asegura se tiñó la mar con la sangre de los turcos, y cubrió de antenas, mástiles y otros restos de las naves turcas.

El número de los muertos y heridos, así como las pérdidas que tuvieron, no fué posible saberlo á punto fijo por la confusion que entre ellos habia; pero la opinion mas general es, que tanto la pérdida de una como de otra Armada, fueron las siguientes:

Armada Turca.

Hombres muertos.	de 30,000 á 35,000
Id. prisioneros.	7,920
Id. pasados á cuchillo. . .	20,000
Galeras reales apresadas. . . .	170
Galeotas.	20
Id. quemadas y perdidas. .	25

Armada Cristiana.

Hombres muertos y heridos. . .	7,656
Galeras perdidas.	17

Además, la Armada de la Santa Liga perdió 10 galeras venecianas y toda su gente, porque habiendo encon-

(1) *Historia general de España.*

trado y atacado al enemigo, eran catorce las venecianas; estaban solas y fueron rodeadas por fuerzas que no esperaban, y mandaba Aluchialí; además hubo poca prevision para esperar al turco, y el no estar reunidas, fueron las causas que contribuyeron á la pérdida de las 10 galeras, salvándose solo la Capitana de Malta, otra del Papa y dos mas.

Al dia siguiente 8 dispuso D. Juan que los generales formasen estado de los muertos y heridos que habian tenido en sus escuadras, para proporcionar de su patrimonio el dinero y auxilios que necesitasen los segundos por no tenerlos la Armada, no permitiendo D. Juan saliesen en tres dias de su cámara en la Real ninguno de los heridos que la ocupaban; S. A. tambien lo fué en un tobillo, y no se dejaba curar diciendo: «*era mas urgente hacerlo á los demas.*» Vernier fué herido por una saeta en una pierna: á D. Alvaro Bazan le libertó la vida su escudo; á Barbarigo le atravesó la cabeza una saeta; Cervantes recibió dos arcabuzazos, inutilizándole uno de ellos la mano izquierda; D. Bernardino de Cárdenas fué muerto por una bala, y hubo algunos mas, aunque en corto número, comparado con el crecido que tuvo el enemigo, y recobraron la libertad mas de 20,000 cristianos, que cargados de cadenas gemian en el horroroso cautiverio del bárbaro mahometano.

El dia 10 dispuso S. A. que en la galera Contarina saliesen al otro dia varios caballeros á dar la feliz nueva de la victoria á las naciones de la Liga. Asi se cumplió, partiendo D. Lope Figueroa para la corte de S. M. C.; para la de Su Santidad el Conde de Pliego; al Emperador fué D. Hernando de Mendoza, y á los señores venecianos Don Pedro Zapata de Cárdenas: en tanto S. A. quedaba cuidando fuesen trasladados á Italia los enfermos, para poder

continuar la victoria, segun tuviera ocasion, el tiempo y las vituallas se lo permitiesen.

Como dato curioso, tomado del que existe en el archivo general de Simancas, en el legajo y año últimamente citados, pongo el siguiente interrogatorio que de órden de D. Juan hizo su secretario, y á la letra dice así:

A los 8 *dias de Octubre en las Islas Escorzolaras.*

Mahamet de Constantinopla, ayo de los hijos de Haly Bafsâ, Capitan general de la Armada del Turco, que se tomaron á los 7 de Octubre en la batalla que alli se dió á la Armada del dicho Turco, en una galera donde venian; la cual dijo que no tenia otro nombre que la galera de los hijos del Bafsâ, examinado é interrogado por el secretario Juan de Soto de las cosas infraescritas, dijo lo siguiente:

Preguntado: ¿Cuándo salió la Armada de Lepanto y con cuántos bajeles?

Dijo: Que habia salido el sábado, que fueron 6 del presente, con 320 galeras reales y 60 galeotas.

Preguntado: ¿Si de la Armada habian ido algunos bajeles la vuelta de Corón y Modón?.....

Dijo: Que habian ido hasta 60 galeotas, y dos naves para irse á sus casas con licencia del Bafsâ.

Preguntado: ¿Qué número de gente venia en esta Armada, y de qué calidad?

Dijo: Que vendrian hasta 25,000 hombres, 2,500 genízaros, y los demas spais y de otras naciones.

Preguntado: ¿Si esta Armada habia tomado alguna gente en Lepanto y los otros lugares convecinos?

Dijo: Que no solamente habia tomado toda la gente que habia podido; pero que era con tanto estremo, que

solamente habian quedado las mugeres para cerrar las puertas de las casas.

Item dijo: Que se habia embarcado el Belesbey de la Grecia, primo hermano del Gran Turco, con hasta 1500 soldados de los mejores de la provincia.

Preguntado: ¿Cómo la dicha Armada salió de Lepanto á encontrarse, si fué teniendo nueva que veniamos á buscarlos, ó ella á encontrarnos á Corfú, como se habia dicho.

Dijo: Que la Armada del Turco tenia nueva que la nuestra Armada estaba en Chefalonia en el puerto de la Higuera.

¿Si se decia entre ellos qué número de bajeles iban y teniamos en nuestra armada?

Dijo: Que entendian que 230 galeras y seis galeazas.

Item: ¿Si se decia qué número de gentes teniamos en nuestra Armada?

Dijo: Se decia que era mucha, pero que no se sabia particularmente cuánta.

Preguntado: ¿Si tenian nueva que en esta Armada venia por Capitan general el señor D. Juan de Austria, hermano del Rey de España?

Dijo: Que se tenia entendido que el dicho señor don Juan venia por Capitan general de todos los otros Capitanes generales de la Armada.

Item: ¿Si se sabia que estaba concluida la Liga entre el Papa, Rey de España y Venecianos?

Dijo: Que se tenia entendido que estaba hecha la Liga para socorrer á Cipro, y que las condiciones particulares no se sabian.

Preguntado: ¿A qué hora salieron de Lepanto y con qué órden?

Dijo: Que salieron el sábado á las seis de la mañana

en órden de batalla, con resolucion de buscar la Armada de la Liga donde quiera que la hallasen.

Preguntado: ¿A qué hora descubrieron nuestra Armada y dónde?

Dijo: Que la habian descubierto domingo á las dos horas despues del dia, cerca de las Islas Escorzolaras.

Preguntado: ¿Si mostraron alegría ó descontento cuando descubrieron la dicha Armada, pues él bien lo podia saber como hombre tan conjunto al General de la Armada?

Dijo: Que no solo no habian mostrado descontentamiento, pero sí muy gran placer y gusto porque tuvieron por vencida nuestra Armada.

Preguntado: ¿Si Lochali, Gobernador de Argel venia en la Armada, y con cuántos bajeles?

Dijo: Que venia con siete galeras y tres galeotas.

Preguntado: ¿Qué hombres particulares y de cargo venian en la dicha Armada?

Dijo: Que venian los siguientes:

El dicho Haly-Bafsâ, General de esta Armada; Pertaú Bafsâ, General de tierra, que es uno de los dos Bafsâs mas principales que están cerca del Turco, y se sienta á mano drecha.

Yafêr Bafsâ, que tiene el gobierno de Tripol de Berbería.

Hacân Bafsâ, hijo de Barbaroja.

Aluchialí, que tenia el cargo de Bafsâ y Gobernador de Argel.

Dardalân Bely Bafsâ, mayordomo del Atarasanál ó Darsenal.

Xirôco, virey de Scandinavia y Alejandría.

El hijo de Salá Ráiz, que estaba por Gobernador de Guirbos.

Cayabêy, Gobernador de la provincia de Hezmit, cerca de Constantinopla.

Abduxebâr, Gobernador de Chío.»

Recogidos los despojos del enemigo, fueron saqueadas sus naves por los venecianos, donde se hallaron ricos vestidos (1), armas de gran mérito, banderas y otras muchas cosas de valor: se retiró la Armada cristiana á tomar puerto aquella noche en el antiguo de Regia Fuente, cerca de Corfú, librándose del fuerte temporal que embraveció el mar de Lepanto, el que arrojó á la costa los despojos de las naves perdidas, y los cadáveres de los que perecieron en el combate: entonces se dispuso la quema de estos, y el reparto de la presa, tocando

Al Papa.

Galeras.	27
Piezas de artillería de varios calibres.	46
Cautivos.	1248

Al Rey D. Felipe II.

Galeras.	81
Capitana que se apresó.	1
Cañones.	128
Cautivos.	2600

A los Señores Venecianos.

Galeras.	54
Cañones.	28
Cautivos.	2400

A D. Juan de Austria.

La décima parte de la presa, escepto la artillería, que se consultó á las naciones de la Liga si debia tener parte en ella ó no.

(1) En la Armería Real de Madrid se hallan las armas que usaba Haly Bafsâ en el combate de Lepanto, algunas de las banderas, armas y otros efectos de guerra cogidos en el mismo á los Turcos.

Despues del combate, D. Juan envió á Felipe II una carta escrita, toda de su puño, que á la letra dice asi (1).

«Señor: V. M. debe dar y mandar se dén en todas »partes infinitas gracias á Nuestro Señor, por la victoria »tan grande y señalada que ha sido servido conceder en »su armada; y porque V. M. la entienda toda como ha »pasado, demas de la relacion que con esta vá, envio »tambien á D. Lope de Figueroa, para que como persona »que sirvió y se halló en esta galera, de manera que es »justo V. M. le mande hacer merced; signifique las par»ticularidades que V. M. holgáre entender; á él me re»mito á todas ellas por no cansar con una misma lectura »tantas veces á V. M.»

»Queria ahora seguir esta fortuna que Dios nos ha »dado en la buena de V. M., y ver si pudiere ganar á Le»panto, que es cierto aquel golfo importante, y cuando »no, emprender otra cosa de las que en el tiempo y es»tado en que me hallo diere lugar.

»Esto no tengo aun acabado de resolver por lo mu»cho que hay que atender en rehacer esta Armada, que »cada dia se descubre mayor daño, y otras cosas sin las »cuales no se puede ni debe pasar adelante; pero ma»ñana, placiendo á Dios Nuestro Señor, sería posible ha»ber acabado con la mayor parte, y estar listo para par»tir á dó parecerá otro dia á la noche; de todo lo que »sucediere daré de mano en mano á V. M. la cuenta que »debo, y porque no se dilate mas esta venturosa nueva, »despacho desde luego á D. Lope, no dejando de traer á »la memoria de V. M. el sujeto en que Dios le ha puesto »de extender hasta por acá su grandeza, con la no mayor »dificultad que atender sin perder tiempo á levantar gen-

(1) Archivo general de Simancas.—Estado.—Legajo núm. 1134.—Año de 1571.—Copiada de la original por Aparici.

»te, armas, y galeras, pues no faltarán, y á prevenir »para el verano que viene, dinero y vitualla. Todo lo »cual creo yo que llegará á ser mas fácil que por lo pa- »sado, y de tanto servicio de V. M. y aumento como digo »de su grandeza, que venga á conocerse fácilmente el »cuidado que nuestro Señor tiene de ella, á quien hago »testigo que desearla yo, mas que nadie, me mueve á »acordar esto; á D. Bernardino de Cárdenas mataron en »esta galera, haciendo lo que debia á la obligacion con »que nació; deja, segun tengo entendido, muchas deudas »y aqui un hijo natural; con todo esto es justo que V. M. »mande tener cuenta, pues todo al fin resulta despues en »su servicio. Hay tambien otras personas de que voy ha- »ciendo memoria, demas de las que ván en la que lleva »D. Lope, que verdaderamente han servido y merecido »toda merced, y es esta de las ocasiones como V. M. »mejor sabe, en que cada uno mira lo que se haze con »el otro, que supo y aventuró á señalarse.»

»Aqui hay ahora estos dos Príncipes, que el de Parma »fué de los primeros que entró y rindió la galera con que »embistió; está *Pablo Jordan Urcino, el Duque de Mon-* »*dragon* y otros señores vasallos y servidores de V. M., á »quienes si V. M. fuere servido, deberia mandar escribir »agradeciéndoselo; lo mismo á los Generales, que cierto »lo merecen, y á otros Ministros que aqui tiene V. M. á »quien suplico me perdone lo que acuerdo, pues asi con- »viene á su Real servicio, ni yo puedo escusarme de cor- »responder con la obligacion en que soy, á los que sir- »viendo á V. M. cerca de mi persona aciertan á hacerlo »tan bien como los que propondré siempre. Yo gracias á »nuestro Señor he quedado bueno y sin ser nada una cu- »chillada que recibí en un tobillo sin saber bien como.»

»El guarde y prospere á V. M. con el aumento que yo

»deseo y todos tenemos menester.—Amen.—De galera »sobre el Puerto de Petela en el golfo de Lepanto á 10 de »octubre de 1571.—D. V. M.—Hechura y mas humilde »servidor que sus Reales manos besa.—*D. Juan de Austria.*» (Hay una rúbrica).

Al recibir el Santo Padre la noticia de la célebre y señalada victoria conseguida en Lepanto, lleno del mayor júbilo y religiosa alegria, por los muchos bienes que se seguian al cristianismo, esclamó pronunciando aquellas mismas palabras con que el Evangelista San Juan anuncia al precursor del verdadero Mesías: «*Fuit homo misus cui nomen erat Joannes,*» aludiendo á D. Juan de Austria, al que juzgaba precursor de la libertad de los cristianos á quienes oprimia el bárbaro infiel, y redimia á la Iglesia de los horrores que serian consecuencias de la dominacion de sus perseguidores.

La cristiandad toda atribuyó á milagro, obrado por la poderosa mediacion de la Vírgen María, aquella tan señalada victoria (imposible en lo humano sin tan marcado favor) obtenida por la Armada de la Liga Santa, la cual habia puesto el Santo Pontífice Pio V. bajo el amparo de la Reina de los Ejércitos y de los Angeles. Tan memorable triunfo es el mayor y mas célebre de los que obtuvieron las armas cristianas, tan terrible para los turcos, y se consternaron de tal manera los de Constantinopla, que cual si estuviesen sus enemigos en ella daban á guardar sus tesoros á los cristianos, suplicándoles que cuando se hiciesen dueños de la ciudad les perdonasen las vidas y tratasen con piedad.

Tuvo revelacion el Santo Pontífice que en el mismo punto y hora de sexta á nona (de 6 á 10 de la mañana aproximadamente) que la rezaba, iban á ser derrotados los turcos, cual lo fueron, efecto de la marcada proteccion

de la Santísima Vírgen, por lo que estableció la fiesta de *Nuestra Señora de la Victoria*, y el Martirologio Romano lo anuncia asi: «El mismo dia, 7 de Octubre, la commemoracion de Nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el Santo Padre Pio V en accion de gracias por la gloriosa victoria que en este dia consiguieron los cristianos en una batalla naval, por la particular proteccion de la Santísima Virgen.» Unida esta festividad á la del Santo Rosario, no desconociendo Gregorio XIII la mediacion de la Vírgen en la victoria de Lepanto, mandó se celebrase la devocion del Santo Rosario el primer domingo de Octubre, aniversario de aquel combate.

En todo el mundo cristiano se hicieron acciones de gracias al Cielo por tan señalado suceso, que libraba á la cristiandad de las funestas consecuencias que emanarian del poder musulman. Venecia agradecida elevó sus votos á Dios, tuvo fiestas y regocijos públicos, y acuñó monedas en memoria de la victoria de Lepanto.

En Roma Marco Antonio Colona, que habia mandado la Armada del Papa, fué llevado en triunfo al Capitolio, y colgadas las banderas cogidas á los infieles, en la iglesia de Aracæli.

En la historia y descripcion del Real Sitio, Palacio y Monasterio de San Lorenzo del Escorial, que publicó en 1847 el Bibliotecario D. José Quevedo, en su capítulo III, página 27, se leen estos notables párrafos: «Mientras Felipe II, sin olvidarse de los negocios del Estado, atendia únicamente al adelanto de la fábrica del Escorial, su hermano D. Juan de Austria, préz y gloria de la casa de su nombre, y digno hijo del guerrero Emperador Cárlos V., engrandecia el nombre de la nacion española, ornaba su frente con frondosos é inmarcesibles laureles, y llenaba de consuelo y admiracion al mundo, humillando

todo el poder de la media luna con la memorable victoria de Lepanto.»

«Rezando vísperas de la octava de todos Santos estaba el Monarca de España, sentado en la silla del coro provisional que se habia hecho en la iglesia vieja, y en compañía de sus monges, cuando entró D. Pedro Manuel, Caballero de su Cámara, manifestándole en su semblante una grande alegría, y al acercarse á Felipe II, dijo en voz alta: *Señor, aqui está el correo de D. Juan de Austria que trae la nueva de una gran victoria.* El rey permaneció impasible. *Gran privilegio,* dice el P. Sigüenza, *de la casa de Austria, entre otros, no perder por ningun suceso la serenidad del rostro, ni la gravedad del imperio.* Solo hizo una seña al Caballero para que esperase, y continuó las vísperas sin que se notase la menor alteracion en su semblante y habitual serenidad. Acabadas las vísperas llamó al Prior, y le encargó mandase cantar un solemne *Te Deum;* concluido éste, antes de retirarse á su aposento, recibió con alegría y agrado la enhorabuena de toda aquella Comunidad, á la que dió á besar su real mano.

»Al otro dia se hizo una solemne funcion en accion de gracias, con procesion, *Te Deum* y Misa, y al siguiente un aniversario por todos los que habian muerto en aquella espedicion.

»Como prendas de tan señalada victoria, traia el correo de D. Juan el estandarte Real del turco, de cual creo no desagradará á nuestros lectores tener alguna noticia. Su figura era un cuadrilongo de tres varas poco mas ó menos de largo, por dos de ancho, su materia algodon y lino finísimo, sumamente bruñido y terso por ambos lados, y enteramente blanco el campo. En uno de sus lados estaban prolija y delicadamente bordados varios círculos, cuadrados y triángulos, dentro de ellos el nombre de Dios

repetido 28,900 veces, y por todo lo demas signos siriacos y turcos con algunas sentencias del Alcorán, números y oraciones devotas. En el otro lado tenia junto al asta el nombre de Dios, y por todo el fondo colocados de dos en dos seis círculos grandes en cuyo centro estaban escritos los nombres siguientes: Mahoma, Abibubcar, Omar, Odman, Alí, Haszen. Servíanle de orla como en el otro lado, varias sentencias de su Alcorán, y terminaba en punta redonda, llena tambien como lo demas de letras, signos y números todos muy significativos en las supersticiones de su secta (1).

»Habia traido el correo un Alcorán magníficamente escrito y adornado, y cuatro faroles de la Capitana, todo lo cual, con el estandarte, quiso Felipe II se guardase en esta Biblioteca por recuerdo de tan señalada victoria, y y de que aqui se habia recibido tan satisfactoria nueva, escepto dos de los faroles que quiso se llevasen al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, como ofrenda de reconocimiento á aquella milagrosa imágen.

»Otra alhaja (2), otro recuerdo histórico perdió esta Biblioteca; y aunque con sentimiento, me veo precisado á consignarlo, porque el error es muy fácil de deshacer, y tal vez se acusase algun dia al que no haya tenido la culpa. Con fecha de 4 de Octubre de 1766, se comunicó por el Marqués de Grimaldi al Prior de este Monasterio una Real órden, en que se le anunciaba, que el Rey, en vista de la solicitud del embajador de Marruecos, en que pedia se enviasen á su Soberano los Alcoranes de lujo, que se guardaban en esta Biblioteca, habia resuelto regalar al Emperador de dicho reino algun ejemplar del Al-

(1) Luis del Mármol hizo por mandado de Felipe II la esplicacion de dicho estandarte, que se conserva en esta Biblioteca en un códice manuscrito.

(2) Historia del Escorial ya citada, página 330.

corán, y en la misma Real órden se mandaban retirar los de lujo que habia, dejando solo uno, que era el que comunmente se enseñaba, por ser el mas moderno y el de menor aprecio; y se prevenia, que, si el embajador preguntaba por los otros, se le dijese habian perecido en el incendio del año de 1763.

»A pesar de tan justísimas precauciones, el embajador recibió un Alcorán, y desde aquella época ya no se encuentra rastro ni noticia alguna del tomado en la jornada de Lepanto.

»Por este mismo tiempo publicaba su Biblioteca Arábico-Española D. Miguel Casiri, y ya no hace mencion en ella de este manuscrito, que parece no debia omitir, tanto por ser un recuerdo histórico tan glorioso, como por su lujo y antigüedad.

»El que despues se ha dicho ser el tomado en aquella batalla naval, no lo es, ni puede serlo, porque está escrito en el año de 1574, mas de dos años despues de la dicha victoria de Lepanto.

»Ademas, el P. Santos, al referir en el libro 2.°, folio 92, que se salvó del incendio, marca algunas señales de las que mas caracterizaban aquel libro magnífico, y ninguno de los Alcoránes que hay en esta Biblioteca las tiene.

»A nadie culpo de esta pérdida; pero el Alcorán cogido en Lepanto, no existe en está Biblioteca.»

Triste destino es el de España, que los objetos de precio y grandes recuerdos ganados con el valor y sangre de sus hijos en medio de los combates á los enemigos, despues que estos no perdonan medios políticos de rescatar lo que no supieron defender con las armas, desaparecen de nuestra patria, devolviéndoselos con una mal entendida generosidad, como sucedió con la espada del

Rey Francisco I cuando fué hecho prisionero por el emperador Cárlos I de España en la renombrada batalla de Pavía, ganada por el Marqués de Pescára en el dia 24 de Febrero de 1524, cuya espada existe en el Museo de Artillería de Paris, señalada con el número 832, por haber sido devuelta en 30 de Marzo de 1808 de Real órden, existiendo ahora solo en la Armería Real de Madrid una copia exacta, que fué mandada hacer por S. M. el Rey D. Francisco de Asis en 1848 á su Arcabucero y Teniente Armero mayor Zuloaga (1).

El Alcorán cogido al Turco en Lepanto, tambien fué devuelto; pero de uno y otro queda á España la gloria de haberse hecho dueña de estos objetos en medio del humo de los combates y de los laureles de su triunfo; y al devolver la espada y el Alcorán, dijo al mundo: *para nada los necesito; queda la historia para recordar el valor con que mis hijos las ganaron, peleando por su Dios y por sus Reyes, en medio de los combates, con su bravura y heroismo.*

Reunida ya la Armada cristiana, D. Juan volvió á tomar puerto en Mecina, regaló á los soldados las provisiones de los buques apresados, llevándolos á remolque, y sus banderas por el agua en señal de triunfo, en cuyo puerto y ciudad fué recibido con grandes demostraciones de júbilo y patriotismo. Moncada recordó á D. Juan el voto que habia hecho, y este dispuso se entregasen cien escudos á la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios en la ciudad de Valencia, y otra igual ofrenda á la Vírgen de Mecina.

Deseando dicho Moncada promover el culto de la Vírgen en aquel templo, que su tio el Obispo de Tarazona habia edificado para sepulcro de los Moncadas, obtuvo

(1) La descripcion y pormenores de esta célebre espada y su copia, pueden verse en el Catálogo de la Real Armería, página 97.

del Papa Pio V una bula concediendo á aquella iglesia las muchas gracias que en su archivo constan: entregó los cien escudos á Fr. Juan Ruestro, ministro del convento segun recibo que le dió, llevó la bandera de la Liga Santa para colocarla en la media naranja, el rico vestido de escarlata con bordado de oro, de gran valor, que vestia Haly-Bafsá cuando fué vencido, destinándolo para hacer un frontal del altar mayor; todos estos objetos se enseñan en la dicha iglesia de Nuestra Señora de los Remedios en Valencia el dia 7 de Octubre, en recuerdo y testimonio del célebre combate y victoria de Lepanto.

A continuacion de la carta autógrafa escrita por el señor D. Juan de Austria á su hermano Felipe II, que he copiado íntegra, se halla el facsímile de su firma y la contestacion ó decreto puesto en ella por el mismo monarca (1), y al que se dá la siguiente interpretacion:

«Esta carta puede ver ay los tres y pareceme que es »bien se escriban luego con este primero, las que aquí »dice y á mi hermano será bien escribirle luego que pro»cure se armen las mas galeras de las que se han tomado, »que se pudiere y que se avise lo que en ello se hiciere.

»Tambien se escriba á Juan de Zúñiga que lo que se »debe de encaminar para el verano es, que haya muchas »galeras y muy buena gente en ellas, que lo de caballe»ría y naves si no son algunas para vituallas es cosa de »aire y ocasion, para que no se haga nada conforme á lo »que escribe su hermano, que dice muy bien en ello, y »por si él se hallase en Roma se le puede escribir en una »palabra remitiéndose á lo que se escribe á su hermano »y dándole gracias de todo.»

Muchos testimonios pudiera aducir si me propusiera escribir la Historia de D. Juan de Austria; mas no siendo

(1) Documentos ya citados, que copió de los originales el Sr. Aparici.

este mi objeto, citaré algunas ligeras noticias que creo oportunas manifestar. Varios datos existen que prueban mas ó menos, que Bárbara Blomberg fué la madre de don Juan de Austria. Entre los documentos que tratan de esto, el señor marqués de Pidal posee un manuscrito que tiene por epígrafe: «Vida secreta de Felipe II, con notas del tiempo de Felipe IV;» su autor se refiere al P. Estrada que escribió las guerras de Flandes, y en dicho escrito se hallan noticias curiosas, las que pudieran tenerse por verdaderas, pero que parece no merecen ser consideradas como tales, por ocultarse el autor de ellas bajo la máscara del anónimo.

El P. José Francisco de Isla, traductor del *Año Cristiano* que escribió el P. Croisset (1), en una nota puesta á continuacion del relato que hace de la victoria de Lepanto dice: «Que D. Juan de Austria fué criado en el humilde pueblo de Villa-García de Campos, en la provincia de Castilla; estuvo encargado de su educacion D. Luis Quijada, persona que merecia la confianza del Emperador Cárlos V, así como la escelentísima señora doña Magdalena de Ulloa, fundadora que fué del colegio de Jesuitas de aquella villa: á esta señora cedió D. Juan el precioso *Lignum Crucis* engastado en oro que el Santo Pontífice Pio V presentó al bizarro é ilustre infante despues de obtenida la victoria, que era de tan gratas esperanzas para la Iglesia; la misma reliquia que dicha señora regaló al colegio de su fundacion, en donde se venera el Viernes Santo.»

Por largo tiempo fué un secreto para D. Juan su nacimiento: era hijo natural del Emperador Cárlos V, y aunque á Bárbara Blomberg le llamó madre, no faltan autores que aseguran que no lo era, y están muy discordes en

(1) Página 137, Tomo X.

nombrar á la que fuese. En los últimos momentos en que yacia postrado en el lecho del dolor el gran Cárlos V, llamó á su hijo Felipe II, le recomendó con interés al huérfano D. Juan, haciéndole importantes revelaciones y dándole á la vez instrucciones particulares respecto á este. Dos años despues de la muerte del Emperador, el Rey mandó á Quijada llevase á D. Juan á un bosque que se halla en las cercanías de Valladolid, adonde S. M. solia ir de caza; cumplió lo mandado el leal servidor y confidente, hubo el encuentro, y al ver D. Juan al Rey con su córte se apeó, y arrodillándose para besarle la mano, no lo permitió Felipe II; le abrazó, y sonriéndose le dijo: «*¿Sabes quién es tu padre?....*» Turbóse D. Juan y permaneció sin contestar, continuando el Rey: «*Eres hijo de un gran hombre; Cárlos V fué tu padre y el mio.*» Grande emocion de ternura tuvo lugar entre ambos, y rebosando en alegría, desde entonces vivió D. Juan en la córte al lado de su hermano el Rey, con las consideraciones de tal, y fué uno de los actos con que Felipe II quiso demostrar su aprecio á D. Juan el darle el mando superior de la Armada de la Liga Santa formada para pelear contra el turco.

La gloria de D. Juan publicó la fama por todo el mundo, su triunfo fué completo; el combate de Lepanto, uno de los mas célebres é importantes hechos de las Armas y Marina españolas, un acontecimiento de los mas notables que cuenta el reinado del vencedor de S. Quintin, y con este estoy muy de acuerdo, sirviéndome de las mismas palabras que pronunció aquel monarca, despues que se hubo enterado de los pormenores de tan célebre jornada y triunfo tan completo: «*Ha vencido sin duda, pero ha arriesgado demasiado.*»

TERCERA PARTE.

Juicio, importancia y consecuencias de la Santa Liga y del combate naval de Lepanto.

Nuevos temores de guerra se agitaban, que hacian creer la invasion de los turcos en Lombardía, Flandes é Italia; Gregorio XIII se dirigió á los Príncipes cristianos para una nueva liga; D. Juan de Austria cumplió sus deberes con su hermano, avisándole era preciso salvar á Italia. Felipe II le dió sus órdenes, D. Juan mandó al Marqués de Santa Cruz con cuatro navíos conduciendo víveres á la isla de Corfú, entregó veinte y cinco galeras al mando de Andrade á Marco Antonio Colona, el que con otras fuerzas mas atacó á la escuadra del Almirante turco Uluc Haly en el promontorio de Darda Malea; mas este en medio del humo y de la oscuridad de la noche se retiró á Tenaro.

Recibió D. Juan órdenes para permanecer en Sicilia; desde allí envió algunas de sus naves en busca del enemigo; tuvieron lugar algunas escaramuzas, que no aprobó, porque no se habia hallado en ellas, pues su intento era tomar el puerto de Novarino, (antigua Pilos, patria de Nestor). Tuvo sus obstáculos y contradicciones esta empresa, mas al fin se decidió D. Juan navegar á Occidente el dia 17 de Octubre.

Las nuevas conquistas de D. Juan en Tunez y Flandes,

su proyectado enlace con la Reina de Escocia, prisionera de su hermana la Reina Isabel, sus proyectos que conoció el Rey, desvanecieron mas de una vez los dorados sueños de victoria y gobierno que D. Juan deseaba realizar.

Por esta época salió en 1588 de las costas de Galicia, con destino á libertar á la Reina de Escocia y hacer nuevas conquistas en Inglaterra, una numerosa escuadra de naves españolas al cargo de entendidos capitanes, por lo que se la conoce en la Historia con el nombre de la *Invencible*; mas los fuertes temporales que sufrió, así como la guerra que la hicieron los ingleses, destruyeron aquella terrible armada, de la que sólo llegaron algunos restos á varios puertos de España.

Despechado D. Juan al ver frustradas sus intenciones, trató de casarse con la orgullosa Isabel, contando con la proteccion del Papa: Felipe II, haciéndose el desentendido, mandó á su Secretario escribiese á D. Juan, diciéndole como cosa suya, el que se sabian sus planes.

Continuaron las intrigas por parte de los que se decian amigos de D. Juan, y que deseaban proporcionarle la mano y trono de varias princesas, ocultando al mismo tiempo la doble intencion que tenian en servir tan cuidadosos á D. Juan: éste algunas veces era mas ambicioso que leal hermano, en lo que no tenia poca parte la influencia que sobre su ánimo ejercia su Secretario Escobedo, así como tambien Antonio Perez, privado del Rey.

Continuaba en esta época Felipe II dirigiendo la obra del Monasterio y palacio del Escorial, en cumplimiento de lo que habia prometido en el cerco de San Quintin, pues ofreció, si vencia á los franceses, construir *una ermita para San Lorenzo, y para sí una choza*; así lo cumplió: la primera fué un templo magnífico y la se-

gunda un suntuoso palacio, modelos de arquitectura y envidia de los estrangeros, joyas de nuestra patria, con razon llamados generalmente *la octava maravilla del mundo*.

Mas no por esto el reflexivo Felipe II dejaba de atender á los negocios del Estado; todas sus pasiones se escitaban y templaban por solo las consideraciones del interés de su reino: *gobernar era su destino, la prosperidad del Estado su objeto, la conveniencia pública su guia.* Reservado, rigoroso en sus mandatos, justo en sus favores, modesto en su vestir, generoso con los pobres, liberal con sus servidores, elevado en sus pensamientos, constante en sus empresas, indulgente en su vida privada; nada rencoroso, olvidaba las ofensas: prudente, reflexivo en el despacho de los negocios, antes de determinar pedia consejo muchas veces; y no siempre, ni todas las personas dejaban de abusar de la confianza, ni correspondian cual debieran á la honra que su Monarca les dispensaba; asi es que muchas disposiciones que aparecen como suyas, no lo son, pues era incapaz de tomarlas: emanaban solo de sus consejeros poco leales; y algunos escritores estrangeros le llaman por esto tal vez el *Demonio del Mediodia*. Religioso por educacion y convencimiento, tenia una grandeza de alma tal, que ni las mayores satisfacciones ni las desgracias inmutaban su semblante. Podria citar varios sucesos y ocasiones de su vida; para probar su serenidad y ánimo imperturbable, bastarian los dos siguientes:

Perdida por el temporal la Armada *Invencible*, recibió la noticia Felipe II; al oir tal desgracia, con la tranquilidad que le era propia, dijo: «*La Armada no iba á pelear contra las iras del mar, sino contra los ingleses.*» Mandó librar 50,000 ducados para curar los enfermos y he-

ridos, dió gracias al Cielo por haber salvado parte de la Armada, y con esa serenidad propia del valor romano, dió un edicto prohibiendo el luto que en España se vestia por tan general y grande calamidad.

La impericia (segun se dijo) del duque de Medina, fué la causa de la pérdida de la Armada Invencible; regresó este á la Córte, y habiendo solicitado presentarse al Rey, este no se irritó ni le reprendió, solo le mandó decir: «*Que descansase un poco antes de venir á la Córte* (1).»

Instruido Felipe II en varios ramos del saber, poseia vastos conocimientos; ténia como hombre sus faltas, que eran muy pocas, comparadas con las buenas dotes que poseia.

Despues que vió concluido el monasterio Escuraliense, le dotó con pingües rentas, para que con el mayor esplendor se celebrase el culto en aquel templo, y teniendo ya próximo á la conclusion el palacio, despues de dar muchas pruebas de su religiosidad y grandeza de alma que seria pesado el relatar, pero muchas de ellas se hallan consignadas por el señor Quevedo en su historia del Escorial ya citada (2), en que describe minuciosamente las circunstancias que precedieron á la muerte de Felipe II en aquel Real Sitio á los 13 dias de Setiembre de 1598. Cuanto dispuso para su modesto entierro fué exactamente cumplido, y enterrado en el panteon que hay para los Reyes en aquel monasterio.

Creo preciso dar esta ligera idea del carácter y cualidades de Felipe II, así como de los sucesos mas notables de su época: todo lo cual exigia el profundo estu-

(1) *Estudios Históricos de Antonio Perez*, por Bermudez de Castro, pág. 38.
(2) Cap. IX, pág. 72 y siguientes.

dio y grandes luces de que estaban adornados los que han escrito la vida é historia de este Monarca. Hice esta pequeña digresion de mi objeto principal, como para ilustrar el de que me ocupo, y voy acerca de él á emitir mi pobre juicio.

Antes de volver á hablar del célebre combate y victoria conseguida por los cristianos en las aguas de Lepanto contra los altivos hijos del desierto, voy á manifestar en qué lo fundo. Tres son los conceptos en que lo juzgaré: el religioso, el político y el económico.

1.° ¿El combate de Lepanto fué útil á la religion? La estension del mundo que ocupaba el infiel Mahomet I, era ya de consideracion; sus armas victoriosas las llevaba, lo mismo que hicieron Bayaceto y Selim, doquier era su voluntad; sus continuados triunfos les hacian cobrar nuevos brios, fundadas esperanzas de estender en la Europa el fatídico velo de las negras tinieblas en que viven los sectarios de Mahoma; su saña implacable contra los cristianos no perdonaba medio de sitiar sus ciudades, incendiar sus casas, profanar sus templos, dar la muerte á los que tenian la desgracia de caer prisioneros: los unos eran encerrados en los mas tristes calabozos, otros eran destinados á los trabajos mas degradantes y penosos, tratándolos aun peor que al animal mas despreciable de los que tenian á su servicio, siendo abatida la humilde y santa enseña de la religion del Crucificado; su pura y veráz doctrina tratada como impostura, y los creyentes que débiles olvidaban los solemnes votos que pronunciaron en la santa fuente del Bautismo, adjurando de la ley verdadera que habia profesado el pueblo escogido de Dios, con la apostasía manchaban el distinguido nombre de cristianos, ó hijos y herederos de la prometida Sion. A vista de males de tantas y tan fatales conse-

cuencias; de la actitud imponente del Turco para hacer la guerra á la Iglesia, su constancia en exterminar los cristianos cual Mahomet lo habia jurado, acreció en los que con su trono heredaron su sed insaciable de conquistas.

Ante estas persecuciones, horrores y tribulaciones que sufrió la Iglesia cristiana, se veia amenazada de que fuesen cada dia mayores y mas activas. ¿Cómo el Vicario de Jesucristo habia de permanecer impasible, cual mero espectador, ante tanta impiedad y persecucion contra la Iglesia? ¿Cómo combatir las supersticiosas máximas del turco? ¿Cómo abatir su arrogancia y poner coto á sus frecuentes victorias que le iban á hacer dueño de la mayor parte del orbe cristiano? La predicacion de la palabra divina, dar á conocer los peligros que cercaban á la Iglesia, el llamamiento de los cristianos para defenderla, la necesidad de sostener la guerra contra los sectarios de Mahoma y salvar la Fé y la Religion, el libertar á la humanidad de las fuertes cadenas que para hacerla esclava forjaba el bárbaro musulman, el detener descargase su mortífero golpe la corva cimitarra sobre los Cristianos, inundando el mundo en torrentes de sangre inocente, el acallar los lastimeros ayes de las víctimas sacrificadas, eran todas razones que obligaban á la Iglesia y á sus pastores á poner remedio á tantos males. En tal estado, fué urgente necesidad; porque la humanidad y la Religion lo exigia que el Pontífice invitase á los Príncipes Cristianos á que reuniesen sus ejércitos, y en Santa Liga peleasen contra los enemigos de Dios y de la Religion: esta fué la principal causa que hubo para formar la Santa Liga por la unidad de creencias de las naciones, y por reconocer lo urgente que era libertar á la Iglesia y á la humanidad del fiero enemigo que los oprimía. Vencido éste, cual lo fué,

se vé muy claramente lo ventajosa que era la Liga y el combate de Lepanto á la cristiana Religion.

Bajo el concepto político, la Santa Liga y la guerra al turco era una necesidad de la época, que el estado del mundo reclamaba. Si Francia, España, Roma y otras naciones cristianas no podian por las circunstancias especiales en que cada una se hallaba aprestar ejércitos ó armadas, tan provistas y numerosas cual era preciso para oponerse á la desmedida ambicion y frecuentes triunfos que despertaba el bárbaro turco, para imponer la ley y hacer sus tributarias á las demas naciones; si su deseo era humillar las glorias que cada una conservaba como sagrado depósito de los recuerdos que habian heredado de sus mayores; si en lugar de respetarse entre sí las naciones, guardándose las consideraciones que se deben y la fé de los tratados, cual el buen órden y el mantenimiento de las relaciones lo exijen; si en vez de morigeradas costumbres y hábitos tradicionales se dejaba entrever una desmoralizacion estremada, la próxima ruina de los reinos, que los tronos desaparecian, y se borraban del mapa del mundo hasta el nombre de aquellas naciones que antes habian existido con poder, glorias é independencia; si la muerte, los horrores y el incendio amenazaban por todas partes al mundo, y el altivo sectario del Alcorán se disponia á llevar atadas todas las naciones al negro carro de su funesta y cruel ambicion de dominar, sin que las huellas que dejaba en pos de sí fueran otras mas que la cautividad, la destruccion y la muerte: las artes, las ciencias en el pais que tenia la desgracia de ser presa del furor musulman, ningun desarrollo tomaban; al contrario, el distinguido puesto que en las naciones cultas llega á conquistarse el saber y la aplicacion, tenian estos que cederle obligados por la ley de la fuerza, á la brutal igno-

rancia de los hijos de Mahoma. Estos, sin respeto á ninguna razon social, ultrajaban con el mayor cinismo el decoro de las naciones: por todas partes los horrores y la destruccion eran la enseña y sello de su poder.

A la vista del grande mal que afligia á parte del mundo, y estando muy próximo á hacerse general, el peligro era urgente: el turco, orgulloso con sus conquistas, lanzaba torvas miradas, aprestaba sus ejércitos y armadas para sujetar á su ley al mundo todo, siendo su voluntad el único árbitro de las naciones, que hacia sus tributarias, trocando en esclavas á las que antes habian sido señoras.

Cuadro por cierto bien triste presentaba el mundo, cuadro aterrador en que se dejaban entrever, solo con ligeras y lúgubres tintas, la série terrible de futuros males que exigian pronto y fuerte remedio; mas el coloso era temible. ¿Cómo pues detenerle en su violenta carrera? Sus fuerzas poderosas, su posicion ventajosa, cual la de todo conquistador que no tiene rival; el mal no daba espera. ¿Qué hacer?.... Cada nacion por sí sola cuenta con fuerzas muy cortas y débiles para oponer al temible y comun enemigo: éste las aumentaba cada dia con sus nuevas conquistas; su altivez crecia; los ultrajes eran mas frecuentes; las leyes que forman el derecho internacional, y conservan la buena armonía y relaciones entre las naciones, y el no observarlas, ha sido muchas veces orígen de guerras sangrientas, las menospreciaba el Otomano, porque no conocia superior, ni habia encontrado quien contrariase su omnímoda voluntad.

El Padre Santo, por este concepto, y como Soberano de Roma, creyó de su deber invitar á las naciones cristianas á que se uniesen sus ejércitos, y cual la sociedad ofendida, y el ultraje contínuo que el decoro de las naciones recibia del despótico poder de los hijos del de-

sierto, un ejército cristiano hiciese la guerra á los que eran sus enemigos, pues era preciso evitar los males futuros. Fué acogida y realizada esta idea, pues como medida de buen gobierno y política era precisa; fué necesario y útil realizarla cual lo exigian la suerte de las naciones todas; he aquí que considerada bajo el concepto político fué de gran utilidad la Santa Liga.

Bajo el concepto económico, puede considerarse tambien muy ventajosa para los intereses públicos la formacion de la Liga Santa destinada á pelear contra el Turco.

Mientras las naciones cristianas gozaban tranquilas sus tesoros, destinándolos á cubrir las justas atenciones de la Iglesia y del Estado, con el menor gravámen de sus pueblos, en estos segun sus circunstancias particulares se desarrollaban las ciencias y las artes, proporcionando con sus adelantos nuevos objetos de utilidad ó de comodidad á los mismos. En algunas de aquellas, como sucedia en España, se emprendian obras colosales, cual era la de Felipe II, construyendo el Monasterio y Real Palacio del Escorial, que si bien consumian cuantiosas sumas, quedaban repartidas entre las clases industriosas de la sociedad, cumpliendo asi este sábio Monarca con el sagrado deber que tienen todos de promover obras útiles, para distribuir asi sus riquezas, y que el pobre tenga donde hallar con su trabajo el pan que necesita llevar á su familia, aquel que no cuenta con mas patrimonio que lo que adquiere con el sudor de su frente; fué un Mecenas para las artes el Rey Felipe II (1).

Felices vivian las naciones cristianas en medio de las delicias y ventura que la paz proporciona; las cargas públicas estaban satisfechas, y como consecuencia de esto cada familia contaba con los recursos que necesitaba para

(1) Llamado en la Historia con justicia el *Prudente*. *(N. del A.)*

las atenciones que tenia, segun la posicion social que ocupaba. En medio de tanta paz y abundancia, reinaba en todas partes la ventura. El parco pastor cubria sus pocas necesidades, y vivia contento. El magnate atendia á sostenerse con el decoro que su elevada posicion reclamaba, y aun contaba con sobrante para sus urgencias; asi es que vivia dichoso. Todo en las naciones cultas era abundancia, y esta se aumentaba protejida por la paz que disfrutaban.

¡Mas!... los ecos de dolor y tormento que en lejanos climas lanzaban nuestros hermanos, los saqueos de las ciudades, el fuego devorador que consumia sus haciendas, vomitando venganza y rencor contra el cristiano el bárbaro musulman, que con impasible calma é infernal sonrisa contemplaba el monton de cenizas en que convertía las grandes poblaciones, los templos santos, para en lugar de la Santa Cruz que en sus torres descollaba, poner en los montones de sus ruinas el estandarte de la media luna, cargados los ejércitos turcos con las riquezas que eran fruto de sus rapiñas, no perdonaban á nadie; tal era la exactitud con que cumplian el juramento de esterminar los cristianos desde Oriente al Occidente, y en todas partes dejaban solo como recuerdo el robo, la destruccion y la muerte.

La actitud que tenian los sectarios del Alcorán era imponente en aquellos paises, y era solo una ligera sombra de la dominacion europea que pretendian; igual suerte esperaba á todas las naciones cristianas: los tesoros que estas poseian para hacer la felicidad de sus pueblos, y la de cada familia en particular ó eran destinadas al culto del verdadero Dios, vendrian á costear las puertas de los calabozos en que gemirian los cristianos, los grillos para sus pies, servirian para comprar perlas y corales á las

odaliscas del harém, ó destinados para los sacrificios que ofrece al falso Profeta el ulema y musulman.

Tan triste porvenir se presentaba á los cristianos, tan opuesto destino á sus tesoros, tan funesta suerte á los que vivian en paz, disfrutando de sus bienes: preciso era prevenirse para evitar tanto infortunio; no habia otro medio que la union de los intereses, y con ellos costear los gastos de la Santa Liga, que tenia por objeto hacer la guerra al Turco, comun enemigo de la cristiandad, atender á la suerte de nuestros hermanos que gemian cautivos del bárbaro conquistador, que pretendia imponer su atróz y triste coyunda á todas las naciones; preciso y necesario era que estas se coligasen para salvar sus riquezas, su paz é independencia de su furor y de sus rapiñas. Queda demostrada la utilidad de la formacion de la Santa Liga, considerándola bajo el punto económico.

Queda ya probado que en los conceptos religioso, político y económico en que puede considerarse la formacion de la Liga, que los Príncipes cristianos formaron para contrarestar el poder de las bárbaras gentes del Sultan, fué una determinacion justa, laudable, filantrópica y necesaria: la Religion santa de nuestros padres pedia á voz en grito la reparacion de las ofensas y profanaciones recibidas: la sangre inocente de tantas víctimas, sacrificadas por solo confesar ante la cruel cuchilla de sus verdugos el ser cristianos, exijia de sus hermanos este deber de caridad. Los ultrajes que por doquiera la moral, la civilizacion, el decoro de las naciones recibian de los turcos, que sin órden ni respeto todo lo atropellaban, y no conocian mas derecho que el brutal de la fuerza, reclamaba imperiosamente el que las naciones cristianas diesen esta prueba unánime de que tenian en estima su Religion, su decoro, su nombre y su deseo de civilizacion. Los sa-

queos, los incendios, la destruccion de grandes capitales de cuya propiedad eran despojados sus legítimos dueños, pasando al poder de los infieles, que los emplearian en dar cima á su pretension de esterminar la cristiandad, eran poderosas causas que demandaban con justicia y urgencia la formacion de la Liga Santa; y no solo por lo dicho, sino por interés de propia conservacion fué necesaria la reunion de los ejércitos cristianos para hacer la guerra al africano. Las mismas razones hay para formar juicio del célebre combate de Lepanto, por ser un efecto y consecuencia inmediata de la Liga Santa: este puede considerarse aun bajo otro concepto mas que aquella, y es el militar.

La sábia y bien entendida órden de 9 de Setiembre de 1571 dada por D. Juan de Austria, Capitan general de la Armada de la Liga Santa; la division que hace de las naves y fuerzas; las prevenciones que toma para el caso del combate; las revistas que pasa aun en el momento mismo en que el enemigo avanza; las alocuciones que dirige á las tropas escitándolas á la pelea, y asegurándoles la victoria por la justa causa que defienden; el órden con que espera al Turco; la prontitud con que envia fuerzas donde eran necesarias; el valor con que sostiene el combate personal con el Gefe infiel, todo dá á este hecho de armas la justa celebridad de que goza, asi como el digno caudillo, esforzado guerrero, adalid cristiano que con el auxilio divino, el ardor de su entusiasmo, y el buen acierto en su mando, dió tan felices resultados para la cristiandad, y las armas de las naciones que tomaron parte en esta gloriosa jornada; de la que dice Mr. Michaud (1): «*Ninguna batalla de la antigüedad es comparable á la de Lepanto; los turcos peleaban por el im-*

(1) *Historia pintoresca de las Cruzadas*, pág. 436.

perio del mundo, y los cristianos por la defensa de Europa.»

Siendo préz de tanta valía la que se disputaba, grande tambien debiera ser el suceso que decidiese cuál de las dos causas habia de triunfar; injusta la del Turco, contaba con fuerzas numerosas y ventajas inmensas; la defensa de Europa, y á la vez la de la Religion, era la justa y santa causa de los cristianos, y por tanto era protejida por la mano del Omnipotente: asi es que este en sus altos designios dispuso conceder la victoria á los que defendian su ley santa, y que fuesen vencidos los turcos con la doble afrenta de ser menor el número de los vencedores: es verdad que estos tenian la ejida poderosa del Dios que dispone del destino de las naciones, ensalza al humilde y abate al soberbio; ademas permitió tuviese la mayor parte en tan señalada victoria la católica España; que el Capitan general de aquella Armada fuese hermano del Monarca que entonces ocupaba el sólio de los Recaredos y Pelayos: hé aqui demostrado que el combate de Lepanto es un hecho notable en los gloriosos fastos de las armas y marina españolas, cual no pueden menos de confesar las naciones todas, bien á su pesar, algunas.

Son tantas las consecuencias de esta célebre Liga, y combate de Lepanto, que comprendo están enlazadas de tal modo en la série de acontecimientos de los siglos que sucedieron al año de 1571, que no seria fácil manifestarlas con exactitud; pero aun asi no dejaré de indicar algunas, ademas de las ya espuestas, al formar el juicio de la Liga y del combate de Lepanto.

Despues del memorable dia 7 de Octubre de 1571, y la victoria de Lepanto en que fué derrocado el poder turco, y la última guerra en que se ostentó brillante el estandarte de la santa Cruz, y abatida la media luna aga-

rena, los laureles que la Europa cristiana conquistó con la sangre de sus hijos hizo que estos depusiesen su fiero continente y disfrutasen en sus hogares la paz que habian ganado, inspirando un terror tan estraordinario á los sectarios del Alcorán, del que los cristianos no supieron sacar todo el partido que podian y debieran.

La gran sociedad europea, á la sombra de la paz que tenia orígen en la victoria de Lepanto, daba rienda suelta á los adelantos y á la civilizacion; al són del bélico clarin y al ruido de las armas sucedió el silencio de los estudios y la tranquilidad de los talleres; á la idea de la muerte y destruccion, reemplazaron la paz del trabajo y la perfeccion, que ambas forman las delicias del hombre laborioso; á las pretensiones de nuevas guerras y conquistas, todas las naciones pusieron su mayor cuidado en conservar su territorio y dictar leyes sabias, justas y benéficas para garantir la propiedad legítima y desarrollar los gérmenes de la riqueza pública. Las ventajas de una civilizacion naciente y la esperanza de sus progresos, hacian que los pueblos viviesen tranquilos: el descubrimiento del Nuevo Mundo hecho por Colon en tiempo de los Reyes Católicos, el paso á las Indias, la imprenta, y las leyes protectoras que los pueblos cristianos esperaban para variar sus costumbres y fomentar su industria, eran otras tantas consecuencias que procedian de aquellos adelantos, y se hubieran perdido sus ópimos frutos sin la célebre victoria del Lepanto; no fueron tan gratos los resultados del 7 de Octubre de 1571 al vencido.

El gran poderío que ostentaba el musulman cuando de triunfo en triunfo guiaba su carro de glorias Belona, y sus escuadras cruzaban los mares sin reconocer superior, cuando al fiero golpe de su alfanje temblaban los tronos y sucumbian los Reyes, cuando..... pero..... ¿para qué

volver á recordar la historia del pueblo sectario de Mahoma? Su grandeza, su altivez, sus conquistas, sus glorias, sus armadas, sus guerreros, todo pereció, todas se eclipsaron el 7 de Octubre de 1571 en Lepanto; desde aquel dia, de risueño porvenir para el mundo cristiano, empezó á cambiar el destino del Turco. En Oriente sus dinastías desaparecieron; en Grecia volvieron á dejar de ser invencibles; á sus ejércitos en Candía, la conquista les costó grandes pérdidas; en Viena, Alemania, Venecia, Corón, Novarino, Patrás, Corinto y Atenas, en todas partes fué vencido el estandarte musulman, y glorioso se ostentó el cristiano, se introdujo el desórden entre los turcos, mataron Visires, destronaron á Mahomet IV, y todo fué trastornos y destruccion en aquel imperio; todo fueron consecuencias del para ellos funesto dia 7 de Octubre de 1571: dia célebre de ventura y grata memoria para la cristiandad, y muy en particular para España. Esta, religiosa siempre, fué escudo fuerte dispuesto para poner á cubierto de todo ultraje la Religion santa y verdadera; fué la primera que respondió á la voz del Padre universal de la Iglesia, que llamaba á pelear por su causa á todos los que profesaban la ley del Dios Hombre. ¡España! la nacion de los Recaredos, Isabelas, Fernandos y Felipes. España, la que en 1492 arrancó de las caladas torres de la Alhambra el pendon de la media luna, poniendo en ellas el que servia de enseña á los españoles cristianos, fué tambien la que corrió presurosa á presentar sus hijos, disponer sus naves, y ofrecer sus tesoros en las filas de la Santa Liga; tuvo la fortuna de que un hermano de su Monarca fuese el gefe superior de las fuerzas de la Liga Santa; que ocupasen en ellas cargos distinguidos Bazán, Cárdenas y otros nobles y dignos españoles, que todos á porfía contribuyeron con

los Generales de las otras naciones á obtener el éxito feliz de la victoria, con que el Cielo quiso premiar en Lepanto su cristiano valor, sus religiosos deseos: dia feliz para el mundo, dia grande para España; adquirió esta, ademas del que tenia, un renombre tal, que doquiera se presentaba su estandarte era saludado, respetado y temidos sus ejércitos por los enemigos: dió tal importancia á las armas y marina españolas el triunfo de Lepanto, que todas las naciones le recuerdan con asombro y con envidia. El prestigio que á las armas de España dió tan célebre combate, lo comprueban las muchas victorias que despues adquirieron, y seria largo referir; fieles testimonios que lo justifican son las noticias que hallamos en nuestras historias referentes á los muchos Estados, que hoy independientes, fueron en otro tiempo colonias y provincias españolas, ganadas con el valor de sus hijos, la fama de sus gloriosas victorias, y miles de objetos que se hallan en las Armerías Real y particulares, en nuestros museos ó templos, como armaduras, morriones, lanzas, hachas de armas, dagas de nuestros héroes, ó de los gefes de los ejércitos vencidos, banderas españolas que ondearon victoriosas en los combates, ó que la bravura de los españoles arrancó á sus enemigos de en medio de sus ejércitos, ó de las antenas de sus naves: todos estos objetos de valor incalculable, son la inmortal y exacta historia de las glorias y triunfos que han conseguido la milicia y Armada españolas. España por los estensos paises que formaban sus dominios, mereció ser saludado su Monarca por un embajador estrangero con estas significativas palabras: «*Señor en cuyos dominios nunca se pone el sol.*» Pues bien, todas las grandezas y glorias españolas posteriores á 1571 fueron consecuencia de la victoria obtenida contra los turcos por la Armada de la Liga

Santa, al mando del hermano de Felipe II en las aguas de Lepanto.

Siendo D. Juan de Austria el héroe principal de tan célebre suceso, creo oportuno dar una ligera idea de cómo y cuándo murió.

Despues de las guerras de Flandes, en las que, como en todas ocasiones, prestó distinguidos y relevantes servicios D. Juan en Gante, Hinaut y Artois, la peste y el hambre minoraba los ejércitos; en Gante, la falta de dinero disgustaba á los españoles, mas su general buscó recursos y atendió con la solicitud que acostumbraba á los enfermos.

Despues de la gran victoria de Gembloux, ó Gemblac, conseguida en 31 de diciembre de 1577 contra el ejército de los Estados generales, aunque su salud era buena, fué acometido repentinamente D. Juan de una aguda fiebre, superior á todos los medicamentos que se emplearon: cumplió con gran piedad los últimos deberes de cristiano; pero al fin en 1.° de Octubre del año de 1578 pagó el tributo á la muerte, el mismo á quien ella habia respetado tantas veces en medio de los combates, en Borges, cerca de Namúr. Nació en Ratisbona á 22 de Febrero de 1546 (1); y murió á los 33 años de edad el vencedor de las Alpujarras, Lepanto y Gembloux. No faltan algunos que atribuyen la muerte de D. Juan á un veneno mandado dar; pero carecen de pruebas. Su cadáver fué llevado á Namúr, donde se le hicieron los honores y exéquias reales que le correspondian. El Rey de España sintió su muerte en estremo, como que perdió con él un hermano y uno de sus mas esforzados capitanes; comisionó á Gabriel Niño para que fuese á buscar y trasladase

(1) Por no ser molesto, no cito mas datos históricos relativos á Don Juan de Austria, y solo hago ligeras indicaciones.

al Panteon del real Monasterio del Escorial el cadáver de D. Juan, el que llegó á su destino el 24 de Mayo de 1579.

Varios poetas y escritores celebraron las hazañas de D. Juan; entre los primeros fué uno Rufo Gutierrez, jurado de Córdoba, que empleó diez años en componer la *Austriada*, poema muy celebrado por Cervantes y otros autores.

La armadura de D. Juan es objeto de gran valor, pues á la vez que recuerda el célebre personaje que la llevó en los combates, trae á la memoria sus victorias: así, como dato histórico y curioso voy á trascribir su descripcion, cual se halla en el Catálogo de la Armería Real que tiene S. M. en Madrid, y dice así en su página 17, núm. 102. «Armadura fébrida de D. Juan de Austria: es una de las panoplias (1) mas completas y elegantes que hay en la Armería. Consta de las siguientes piezas: celada de encaje, visera de una pieza y sobreventalla de *pico de gorrion*: coselete con *gorja* ó *gorjal* elevado de cuatro piezas: espaldar con *guardarrenes*: peto con *sobrepeto*, encima *con ristre*, y á la en su parte superior derecha: en la inferior tiene elegantes escarcelas de pico, pendientes del volante de la plata: en la parte superior izquierda del sobrepeto está colocada una gran *targeta* barreada, ó *varascudo* usado solo en los torneos, con águilas doradas y grabadas: tiene brazales completos formados de *guardabrazos*, *brazal* propiamente dicho, *codal*, *avambrazo* y *manoplas*; en el *guarda brazo* derecho hay fijo un escudito ó rodelilla llamado *guarda acsila*, y segun algunos *sobaquera*, para resguardar lo que se llamaba *escotadura ó de-*

(1) Llamábase así á la armadura completa de un caballero de la edad media; mas hoy se usa esta voz para espresar el conocimiento de las armas antiguas.—*(N. del A.)*

fecto de la coraza: musleras de una pieza, *rodilleras y grebones* con espolines, y *avampiés de pico de pato.*

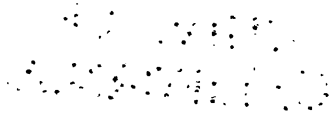
Los bordes de las piezas de esta armadura están llenos de puntas facetadas como de diamante en relieve sobre fondo dorado y grabados; pesa con la tarjeta (1) tres arrobas.»

En esta misma Armería existen varias armas de las que usaron D. Juan de Austria, así como otros guerreros que tomaron parte y se distinguieron por su valor en el célebre combate de Lepanto, banderas y otros efectos cogidos al enemigo, los que renuncio á describir por no ser molesto, indicando solo á los amantes de las antigüedades el lugar donde podrán admirar los hechos gloriosos que su vista nos recuerda.

Las razones que precedieron y fueron causa de la Santa Liga que las naciones cristianas tuvieron para hacer la guerra al bárbaro africano; la descripcion y pormenores del célebre combate de Lepanto; la victoria allí obtenida por las armas cristianas al mando de D. Juan de Austria, y las ventajas incalculables que resultaron con tan feliz acontecimiento á la religion cristiana, y á los pueblos cultos..... ¿cómo llegó á saberse en nuestros dias?.... ¿cómo lo sabrán los que vivan en los futuros? ¿dónde se encontrará fidelidad en la descripcion de los sucesos? ¿dónde el imparcial juicio de los hombres que por algun concepto se hicieron notables en su época?.... ¿dónde el hombre dedicado al estudio hallará mas dignidad, belleza é interés en los asuntos, mas verdad en las narraciones, mas moralidad en los objetos?.... ¿dónde la vida de las naciones, sus triunfos y reveses, sus costumbres y civilizacion, podrán conocerse con mas exactitud y estudiarse

(1) Pequeña pieza de refuerzo que se colocaba en la parte superior izquierda del peto, especialmente en los torneos.—*(N. del A.)*

mejor? En la Historia solamente..... ¿Quién podrá negar estas y otras muchas ventajas que resultan de la Historia..... ninguno..... Ella, con la *Fidelidad* y *Moralidad* que son su divisa, nos dá á conocer del mismo modo siempre lo que pasó, y los hombres notables que vivian en los siglos que nos precedieron; porque solo *La Historia es guarda muy fiel de los tiempos:* ella me ha servido para la formacion de la presente Memoria, me ha proporcionado los datos y noticias que necesité para mi pequeño trabajo, en el que las faltas son mias, de la Historia sus bellezas; en ella hallé el gran suceso que le sirve de asunto..... *Lepanto:* este nombre forma una página de las mas célebres en el libro de las glorias militares españolas.



RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510) 642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
- Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date.

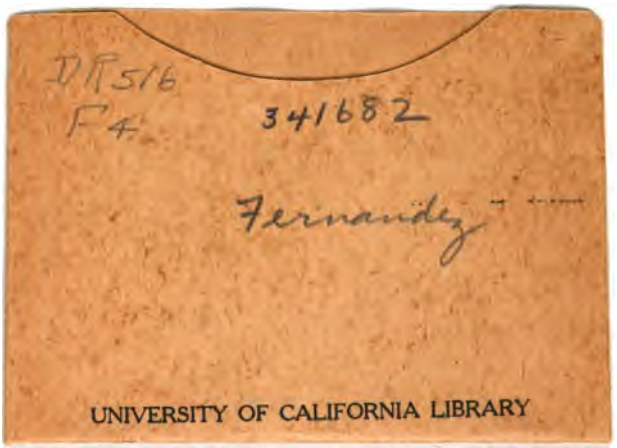
DUE AS STAMPED BELOW

MAY 14 2002

APR 04 2005

12,000 (11/95)

YC 47075


DP516
F4
341682
Fernandez
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY